



**DOCTOR  
GONORREITIGORREA**

*José María Peraltta Lagos*

---



**DOCTOR  
GONORREITIGORREA.**

**(Cuadro de costumbres)**

**TOMOS X XI**



## **AL LECTOR.**

A fines del siglo pasado o en los primeros años del presente, empecé a darme cuenta del daño que nos causan los muchos aventureros que sin cesar arriban a estas playas, atraídos sin duda por nuestra fama de generosos y hospitalarios—o de tontos—que es el calificativo que merecen los que traspasan los límites de la bondad.

Por aquel tiempo publicó Luis Lagos varios periódicos, todos de vida efímera, como “Don Tumas”, “El Diarito”, “Zigzag” y algún otro que he olvidado. Instado por él decidí escribir una serie de cuentos, en los cuales pensaba relatar las aventuras de cada uno de los más notables pájaros foráneos que se han reído de nosotros después de explotarnos.

Publiqué primero el cuento titulado “UN

GEOLOGO”, donde pinté las tomaduras de pelo de don Casto Ruiz Amado, un caballero español que a fines del año de 79 y principios del ochenta se improvisó geólogo y sabio, con motivo de los fenómenos volcánicos de que fué teatro el lago de Ilopango.

Este buen señor se burlaba de nosotros anunciando plutónicos cataclismos, con lo cual mantenía en alarma al vecindario, y lo que es más vergonzoso aún, a los señores del Gobierno, quienes creían al pie de la letra en los vaticinios de aquel guasón, probablemente andaluz. .

Publique luego los siguientes: Fortunato Mexía”, “El Almirante Ambrossini”, “General Aquiles La Conderena”, “Monseñor Durán”, y algunos más que no recuerdo.

Era mi intención formar con ellos un libro que pensé bautizar con el nombre “Los Conquistadores”, y al efecto pergeñé otros que no vieron la luz y cuyos títulos eran éstos: “Cavaliere Angelo Blandini”, “Míster Cuis”, “Bluff Brothers”,



“Don Pascual y Doña Luisa”, Threefeeth & C<sup>a</sup> Inc”, “Rubén II”, y finalmente el “Doctor Gonorreitigorrea’\*. Pero como desgraciadamente soy poco metódico, o desordenado mejor dicho, aquellos papeles rodaban de mesa en mesa, y hoy ignoro que fué de ellos.

Sospecho que cuando el terremoto del 7 de junio de 1917, se arruinaron junto con multitud de apuntes, recortes, planos, cartas, revistas y libros que, mojados y podridos, hubo que arrojar a la basura, con harto dolor mío.

Sólo escapó de la divina justicia el “Doctor Gonorreitigorrea” por la circunstancia de no estar terminado y hallarse guardado en uno de lo cajones de mi escritorio, de donde lo desenterré hace poco más de un año.

Lo volví a leer y creí que podía aprovecharlo haciéndole algunos retoques, pues no hay duda que lo escribí con un clavo envenenado, y por otra parte, algunos de los personajes que ahí aparecen,

travestidos hasta donde me fué posible, han pasado a mejor vida.

No soy de los que creen que la muerte lo cancela todo: al contrario. Como Pelletan, pienso que hay tumbas que no deben cerrarse nunca, para ejemplo de pícaros y enseñanza de las generaciones futuras; mas, en el presente caso, por consideración a algunas viudas y huérfanos, quienes de seguro no quedarán contentos, he suprimido o cambiado aquello que me pareció muy crudo o demasiado fuerte.

Y no tratéis de poner nombres, que mis personajes son múltiples. Quiero decir que los he vestido con prendas pertenecientes a distintos dueños, de modo que, a lo más, encontraréis parecidos.

Para pintar al Doctor he tomado rasgos de tres o cuatro de los charlatanes famosos que nos burlaron en el terreno de la medicina. Murieron unos y largáronse otros que dan fuego todavía, coleando por ahí; pero no tengáis cuidado: ya volverán, o



vendrán nuevos.

Aquellos artículos de nada sirvieron, como no fuera para hacer reír a los amigos y malquistarme con ciertos patriotas de pega, ya que no hemos cogido experiencia. Esto lo han comprobado después los Roumagnac, los Trepieddi, los Ossigian, y esa falange de financieros que nos tienen al borde de la bancarrota, y que no pararán hasta ponernos los grillos, si antes no se los ponemos a ellos.

Mas los culpables verdaderos somos nosotros.

Unos pecamos por tontos, y por consiguiente nuestra culpa es mínima; pero los más pecan por malvados, como los ladrones sin conciencia a quienes se les dió un higo de vender a su patria.

¿ Recibirán el castigo algún día?

Es muy dudoso.

Sin embargo, no debemos perder la esperanza .....

EL AUTOR.

San Salvador, julio de 1926.



## **Doctor Gonorreitigorrea.**

### **I**

Ya teníamos ¡al fin! una verdadera gloria de la ciencia de Esculapio en San Salvador.

El doctor Gonorreitigorrea había venido a llenar un vacío.

Esto lo decían el diario «Nuevos Rumbos» y «The Salvador Information Review», y lo repetía a voces en el Gran Casino el muy ilustre importador de tan gran notabilidad, y un nutrido,—ya que no lucido—coro de admiradores.

¿Quién era el doctor? Ah! Eso...lo sabían solamente unos cuantos escogidos, pero por nada del mundo soltaban prenda. El inoficioso preguntón apenas obtenía por respuesta enigmáticas sonrisas, que eran nuevo aguijón a eu curiosidad.





Yo sí lo sé, lector amable, y voy a sacarte de penas si tienes un poco de paciencia.

El doctor Gonorreitigorrea — celebridad mundial—era hijo de un piloto vasco, natural de Fuenterrabía, y de una polaca de apellido más endemoniado todavía.

Nació nuestro héroe a orillas del Bidasoa, y creció entre bravos pescadores y gente maleante dedicada al contrabando.

A los siete años hablaba con toda perfección el vascuence de ambas riberas: se expresaba pintorescamente en castellano, chapurreaba el francés y conocía unas cuantas palabras-probablemente indecencias—de la difícil lengua materna.

Le pusieron en la escuela que dirigía un pariente lejano de su padre; mas un día el maestro se vió obligado a recogerlo—día bien amargo, para el pobre niño—porque la excelente polaca, menos conforme con las frecuentes y largas ausencias de

su marido que Doña Jimena con las del Cid, alzó el vuelo en compañía de un gigante ruso, parte principal y great attraction de un circo famoso que en aquel verano había levantado su tienda en las afueras de la bella capital donostiarra.

El pobrecillo Miguel lloró media hora justa; pero una sardina asada y dos coscorriones que a guisa de postre le ofreciera oportunamente el señor Iturriberrigorri—que así se llamaba el maestro de escuela de Fuenterrabía—lo convencieron de la inutilidad de seguir moqueando por la pindonga de su mamaíta.

El chico era vivo como la pólvora, mas desde que vió la cartilla sintió aversión profunda por lo negro, demostrando al mismo tiempo tener ideas completamente libertarias. ¡Figúrense ustedes un mixto de vasco y de polaco! (No olvidemos que Bolívar y San Ignacio también tuvieron sangre éuskara).

El Señor Iturriberrigorri no era hombre que se dejara jugar la barba, que la tenía muy negra y



enmarañada: ignoraba que hubiera existido Pestalozzi—quien entre paréntesis no la usó nunca;—pero en cambio era fervoroso partidario del feroz apotegma que reza «la letra con sangre entra». El infeliz Miguel vió desatarse sobre su cabeza la más espantosa galerna que capearon en su vida Juan Pedro y Pedro Juan, vecinos de la Arcillosa, allá en la brava costa montañosa según cuenta el ingenioso hidalgo don José María de Pereda.

Cuando Miguel Gonorreitigorrea padre regresó de la Habana y supo la proeza de su costilla, la golfa que en mala hora recogiera en Riga, crispó las manos, rechinó los dientes, y cuentan que al abrazar al chico, dejó caer sobre sus greñas dos lagrimones como puños.

El Señor Iturriberrigorri, con la sinceridad que caracteriza a los de su raza, declaró a su primo que al chico antes lo haría papilla que meterle el a, b, c. El lobo de mar sonrió enternecido.

Dos días después vendía sus cachivaches y <sup>se</sup>



instalaba con el muchacho a bordo del “Cabo Machichaco”, que zarpaba el día siguiente para los puertos del Báltico.



## II

«Yo amaba el mar desde mi tierna infancia,  
Su augusta soledad me arrebatava... »

Así exclamaba el doctor al referir este episodio de su vida, pues bueno es que se sepa que no soy yo quien ha inventado estas cosas, sino el doctor en persona—suum cuique—es él quien las ha referido a sus excelentes amigos y admiradores, y son ellos los que, creyéndole al pié de la letra, nos las han contado a su vez.

A pelo vendría el célebre dístico del beneficiado de Tunja, Juan de Castellanos.

«Y si, lector, dijeres ser comento,  
como me lo contaron te lo cuento».

En estocolmo o en Krinstianstad— no lo recuerda él bien—cierta mañana paseaban por los muelles los esposos Bjórsen-Bjérnnanssen, un matrimonio sin hijos, quienes al ver al muchacho, se quedaron de una pieza. Los viejos se enamoran del chico y

seance tenante le hacen proposiciones a su padre. Después de mucho escupir, rascarse la cabeza, y de una prolija limpieza de la pipa, conviene aquél en que su hijo se haga sueco, cosa preferible a que luego fuera un bandidote vulgar o un marinero adocenado.

Con un apretado abrazo y dos cariñosos capirotazos del autor de sus días, se despidió el chico para siempre, yéndose en pos de sus protectores, sin que le estorbara mucho el equipaje, el cual consistía en lo encapillado.

Y digo para siempre, porque el “Cabo Machichaco”, como todo el mundo sabe, regresaba a España abarrotado de dinamita, y entró a Santander con fuego a bordo, habiendo volado minutos después de atracar al muelle de Maliaño, produciendo una de las catástrofes más grandes de la época. Del piloto Miguel Gonorreitigorrea tal vez puedan informar en el cielo, pues caso de haberlo—el doctor, era algo incrédulo—el honrado mareante debe de encontrarse allá con todo y su pipa.



La historia es larga, muy interesante, y al contarla el doctor cautivaba a sus oyentes, como el célebre cautivo de Argel, Rey del humano ingenio, encantaba a los suyos con el fiel relato de su inverosímil aventura; mas desgraciadamente he de abreviar.

Los protectores del huérfano le educaron con esmero poniéndole en el mejor gimnasio de Estocolmo, donde gracias a los modernísimos sistemas de enseñanza, su inteligencia despertó súbitamente y con fuerza portentosa.

Pasó a Upsala, y comenzaba apenas el primer curso de Humanidades, en la célebre Universidad, cuando en un terrible incendio perecieron sus generosos padres adoptivos.

Los lloró...

Herederero de cuantioso legado, bien provisto de dineros, se largó a París con todo y tutor, pues hacía tiempo que la palabra Sorbonne materialmente le sorbía los sesos.



En París sólo hizo locuras durante los primeros meses: lo indispensable para dominar el idioma. Lord Maucalay preconiza como el mejor sistema para iniciarse en una lengua extraña, echarse al colete de un tirón la Biblia en el idioma deseado; pero él, el muy pillín, descubrió otro mejor, que consiste en procurarse un charmante jeune filie, meterse en ménage con ella, y jugar a los casados el tiempo necesario. Los más torpes se tiran del negocio en los cien días.

Un estudiante ruso que lo piloteaba voluntario por los laberintos de la rive gauche, cierto día le obligó al sacrificio de pasar los puentes, lo llevó a la Morgue; entraron luego a Nôtre Dame, y, al salir de allí, lo hizo visitar el Hotel Dieu.

Aquí le ocurrió lo mismo que a San Pablo, y al día siguiente se matriculaba en la Facultad de Medicina.

Durante tres años fué interno y preparador en aquel famoso Hospital, y al doctorarse muy joven—apenas veinte años—fundó a sus expensas una clínica de maternidad, et voila!



—Hablo doce lenguas. Mi patria es el Mundo; mi familia la Humanidad. —Cuando el Doctor terminaba su relato con frase tan gallarda conmovedora, era preciso ser de palo para no enjugarse una lágrima...

Y los salvadoreños se la enjugaban todos, porque no somos, no, de palo, a menos que se trate de... otro salvadoreño.

Es cierto que el padre Duran había contado mas o menos lo mismo; mas... ¿a qué acordarse de cosas tristes?

### III

Pero bien, dirán ustedes: ¿cómo diablos había venido a dar por aquí tamaña notabilidad? La misma pregunta me hacía yo, mas con excepción de algunos misterios de nuestra santa religión y otros tantos de la archicochina política, todo tiene su explicación en este valle de lágrimas.

Cruzaba nuestro doctor el Atlántico por la “enésima” vez, cuando para dicha nuestra regresaba de Europa en el mismo barco el conspicuo salvadoreño don Manuel de Jesús Guijarro, a donde había ido a curarse de una dilatación del estómago, y, según malas lenguas, de ciertos síntomas alarmantes de parálisis local, después de haber estado dos veces en “El Chan” sin éxito apreciable, y muchísimas en Aculhuaca con resultados menos que medianos.

Deletreando la lista de los pasajeros, nuestro paisano tropezó con aquel raro apellido.



“Yo le he visto en alguna parte , se dijo pensativo; se acordó de la Copaiba y del Santal Midy por extraña asociación de ideas, y cual corresponde a un hombre emprendedor que se ve forzado a la inacción, se propuso descubrir al dichoso mortal que llevaba un nombre tan sugestivo. (Quizás el corazón le decía algo).

Nuestro buen compatriota era un gran madrugador. A las cinco de la mañana ya estaba en el puente estorbando las operaciones del baldeo. Los marineros le apuntaban adrede con la manguera, propinándole intempestivos baños de pies, y él daba brinquitos y reía feliz y campechano.

El doctor en cambio se levantaba a las doce y comía en el segundo servicio.

Don Manuel a esa hora se entregaba al sueño, pues

«dormía siesta, y cuando no dormía,  
la cabeza sin falta le dolía»

En fin, que le costó dar con él.

—¡Qué galán es! —Dijo Gimarro para sus adentros, cuando se lo mostraron.

Y se presentó él solo.

—¿Tengo el honor de hablar con el doctor Gonorre ...iti...gorrea? El doctor recostado en su chaise longue, leía una novelita de Paul Adam. Hizo ademán de incorporarse.

—¿Decía usted...?

—¿Que si tengo el honor de hablar con el célebre doctor Gonorreati...?

—El honor es mío, caballero...—Y tirando de la manta que le cubría los pies, hizo esfuerzos para levantarse.

—Oh! no se moleste usted    Hágame el favor.  
Total, que nuestro paisano, después de pronunciar su nombre se instaló tímidamente en la



silla vecina, apoyando en el borde apenas un tercio del cuarto trasero, y, bastante emocionado, explicó que leyendo la lista de pasajeros le había chocado ese apellido, “porque nosotros tuvimos un poeta que en una de sus más felices composiciones saca ese nombre”.

—El poeta se llama Pepe Batres— tal vez lo haya usted oído mentar... — (El doctor trata de disimular un bostezo). Generalmente pasa por guatemalteco, pero nosotros reivindicamos esa gloria, porque vió la luz en San Salvador, nuestra capital, según dicen en el sitio que ocupa hoy la Catedral nueva, del lado de la Universidad.

Pues como iba diciendo, en una de las maravillosas octavas de “El Relox”, cuando describe la procesión del día de Santa Cecilia, (el doctor bosteza esta vez sin disimular), dice así, si no recuerdo mal:

«Tras él don Juan Gonorreitigorrea,  
Natural de Pasajes, en Vizcaya...»

¿Ud. conoce Vizcaya, doctor?

—Cerca nací...

—Yo me vine sin poder satisfacer el deseo de visitar la tumba del coloso español, del gran San Ignacio, que según dicen, queda por ahí.

—Sí; en Guipúzcoa.

—Pero la cosecha se acercaba, y me era forzoso regresar. Yo soy Doctor en Farmacia, eso sí, algo a la antigua; pero dejé el negocio a pesar de haber sido la base de mi modesto capital, traspasándolo a dos sobrinos míos, cuya razón social es; “Sobrinos de Guijarro y C<sup>a</sup>, a sus órdenes. La compañía soy yo, pero mi negocio principal es ahora la agricultura, el cultivo del café, en aquel entonces espléndido negocio, aunque hoy bastante echado a perder por los excesivos impuestos y los malos gobiernos.

Y nuestro paisa no perdona ningún detalle, pues él es así, muy comunicativo y gusta de que lo conozcan, con tal que no sea muy a fondo.





Refiere cómo se adquirirían los terrenos ¡baratísimos! cuando la extinción de los ejidos; explica cuántos árboles tiene en producción y cuántos en plantilla; los quintales que cosecha, los que beneficia, y los que habilita guardándose muy bien de contar las habilidades que emplea en este negocito.

—Allá el jornal es regalado, porque nuestros campesinos «no tienen necesidades»...

Explicando está las ventajas de un método de su invención para lavar sin agua cuando nota que el doctor está roncando.

Sonríe paternalmente; se levanta sin hacer ruido, recoge la manta, cubre solícito los pies de su “nuevo amigo” y se aleja de puntillas frotándose las manos...

—La cosa marcha—dice para su coleteo.

¡Qué feliz es!



Porque don Manuel tiene un plan....Vaya! ¿Hay acaso algún prócer salvadoreño que no los tenga colosales y a pares?



## IV

Poco después se les ve frecuentemente juntos, a veces en gran casaca. El doctor escucha atento; no cabe duda que con el mayor interés. Don Manuel de J. Guijarro, hiperbólico por temperamento, y abierto y rumboso de suyo, siempre hallaba modo de terminar sus conferencias en la cantina frente a frente de sabrosísimos cocktails.

El doctor escuchaba con los brazos cruzados y el puro en la boca, sin pestañear. Tan embebecido le oía que reparaba nunca en los repetidos “la méme chos” con que Guijarro ordenaba al garzón, por no saber decir en francés “vuélvale dar”, como se usa en Cuscatlán; y así no es de extrañar que jamas hiciera un ademán para pagar.

Cierto es que la discreción de don Manuel al pedir la adition y hacerle señas al criado para que se quedara con la vuelta, era extremada. Tampoco habría consentido que el doctor pagara. Oh! Eso nunca...

El doctor, en momentos de expansión, refirió a Guijarro algunos pormenores de su nacimiento, infancia y estudios, y en algunas sesiones le puso al corriente de sus trabajos y últimos triunfos.

En aquella ocasión iba a New York por cuenta del Instituto Rockefeller, llamado por el eminente sabio doctor Carrel, con el fin de emprender juntos importantísimos experimentos en Histología.

Tan instructivas como amenas conferencias eran interrumpidas con frecuencia por alegre grupo de provocativas damiselas, quienes se llevaban al doctor, quieras que no, a jugar a la “rana” o a la gallina ciega; o por el recado que traía un camarero del fumoir anunciando que le esperaban para comenzar la partida diaria de poker.

Don Manuel, según confesión propia, era un hombre eminentemente sociable, o, hablando con más propiedad, un ser muy comunicativo, casi charlatán; y el pobre señor se pirraba por estar siempre de palique.



Cuando el doctor le abandonaba, Guijarro dirigía furtivas miradas hacia popa.

Era que en segunda clase viajaban tres monjitas de no sé qué Orden. Tocas almidonadas; hábito negro y azul. Una vieja, y marchita ya, y las otras dos muy jóvenes, frescas como rosas. Se las veía casi siempre apretujadas en un banco, puesta la mirada en el azur, un murmullo en los labios, y deslizándose distraídas entre sus dedos regordetes, las gruesas cuentas de las negras camándulas.

Si las divisaba, se acercaba disimuladamente, como un felino.

—Bon chur, hermanas. (Se habría dejado desollar antes que decir “mes soeurs”).

Las hermanitas levantaban los ojos, sonreían apenas, y los bajaban de nuevo.

—Quélbo tán—insistía el farmacéutico cuando el sol lucía esplendoroso.—¡Qué hermoso tiempo!

—quería decirles. (Qu’il fait beau).

Sin comprender jota, la monjita vieja le mostraba su dentadura incompleta, y continuaba musitando avemarias.

Entonces Guijarro, renegando de no hablar más idioma que este español indecente, cochino e inútil, «llamado a desaparecer», hacía una reverencia y se largaba alzando los brazos en señal de desesperación, yendo a pasear su aburrimiento entre la multitud de gringos que arrellanados en sus sillas devoraban magazines y novelas.

A veces se acercaba al corro de los jugadores de “sapo”; de cuando en cuando iba al salón y hojeaba las ilustraciones y álbumes, cuyos monos se sabía de memoria; y una ocasión, una tan sola, se atrevió a pulmonear al doctor mientras jugaba; pero ante las miradas recelosas - casi coléricas - de los jugadores, de seguro respetabilísimos tahures, se retiró prudentemente.



En fin, que el hombre se aburría de lo lindo cuando no estaba de cháchara con el doctor.

La víspera de llegar a Nueva York, Guijarro le rogó que lo acompañara a la telegrafía, sin hilos, pues aparte de la maldita dificultad del idioma, no dejaba de sentir cierto recelo. Puso un aerograma al Consulado anunciando su llegada.

De allí se dirigieron a la cantina.

El doctor se sabía de memoria todos los achaques de nuestro paisano, y poco a poco había ido endulzando el último régimen hasta reducirlo a cero.

—¿Me haría daño una copa de champán?— preguntó Guijarro al sentarse.

—Oh! By no means! C'est a dire ...de ninguna manera.

Y don Manuel apuntó ese día en su cartera que el «Cordon Bleu» de cuarenta francos la botella,



puede tomarse como agua de pasto, sin peligro alguno, aun en los casos más graves de dilatación del estómago.

—Véngase conmigo al «Waldorff- Astoria»- le decía el doctor.

-No, gracias; de veras... Yo voy al Hotel América por el idioma, porque allá me conocen, y para comer unos frijolitos.

Pero Guijarro ya había conseguido todo.

Sí: TODO!

—Vea;—le había dicho al doctor multitud de veces— en mi país hace mucha falta un hombre como Ud. Haría fortuna... Tengo verdadera influencia, muchas amistades... Yo sé lo que le digo; venga a vernos.

El doctor le prometió solemnemente que en cuanto terminara sus asuntos en Norteamérica vendría al Salvador, siquiera unas semanas, pues



era probable que tuviera que ir a Panamá. Don Manuel le dió minuciosas instrucciones y hasta una clave telegráfica especial.

¡Ya podíamos estar contentos! Por primera vez las señoras salvadoreñas tendrían un verdadero especialista, porque hablando en plata, ¿quién sabe aquí palotada de ginecología! ¿A ver!

Nuestro altruista compatriota todavía tuvo la dicha de estar con el doctor un par de horas en el muelle—en la G—lo que no fué para él poca suerte, pues los aduaneros yanquis ven con el mayor desdén al que no habla inglés, usan modales de mozo de cordel, y en cuanto a los tales del Consulado, no habían hecho maldito caso del aviso de Guijarro; pero ya les arreglaría él la cuenta en llegando a San Salvador.

Por fin se separaron. Guijarro se entregó en cuerpo, alma y baúles a un gancho del Hotel América, y el doctor se fue al Waldorf-Astoria en compañía de un sujeto que a don Manuel le pareció el mismísimo doctor Carrel.



No lo había visto en su vida, pero le daba el corazón.

Media hora después, nuestro gran cafetalero-farmacéutico llamaba de vos a los criados y comía plátanos fritos.

Digan lo que quieran los pesimistas, hay en la vida momentos verdaderamente felices.



## V

Desde que don Manuel desembarcó, se puso en campaña.

—Albricias, señora!—Así les decía a las que encontraba, si padecían de alguna enfermedad secreta conocida de Guijarro y de todo San Salvador. Y después, en voz baja; refería su hallazgo, detallaba el feliz descubrimiento..... ¡Qué suerte la nuestra!

Pronto tuvo muchos adeptos.

Pero el doctor no daba señales de vida.

Impacientes, los más interesados pusieron un cablegrama. No hubo respuesta.

Mas un día, no por esperado menos dichoso, Guijarro recibe un telegrama de Guatemala. Ve la firma y palidece: DOCTOR GONORREITIGORREA.

Y se dirigió al Casino sin corbata, y hasta sin

dientes.

En un periquete quedó todo arreglado. Se tomaría la casa amueblada de X, quien, se embarcaba en el mismo vapor que traería al doctor.

Guijarro fue a esperarlo a Acajutla, llevando consigo a dos de sus adeptos y protegidos—Cappelli y Peñita,—y allá pasaron tres días deliciosos aguardando. Los mosquitos se ensañaron con ellos. Viéndolos se diría que estaban con el sarampión. (Las ronchas de Cappelli parecían de sífilis). Todo ello lo daban por bien empleado. ¿Qué menos puede hacerse por la Patria? Ciertamente es que Cappelli y de la Pena eran foráneos, pero en patriotismo nos ganaban a los criollos. ¡Quizás por su pequeñez es tan amado El Salvador por los extranjeros!...

Por fin, el “Pará” a la vista... ¡Al muelle!

Nuestro prócer hizo el sacrificio completo: fue a bordo.

Y trajo al Doctor poco menos que en brazos.



—Excúsenos doctor—le decía a cada instante:—estamos muy atrasados.....

—Oh! Yo he estado en Africa con Roosevelt—respondía discretamente el doctor.

A Peñita, hecho una cuba, lo sacaron de la lancha metido en un matate. No hubo dificultad con nadie, ni aun con los de la Aduana, pues los, feroces cerberos suelen ser tímidos falderillos ante los potentados del calibre de don Manuel de J. Guijarro.

## VI

El doctor era una figura arrogante. Fresco—tal vez demasiado fresco—llevaba echados hacia atrás los largos cabellos de la abundosa melena negra entreverada de hilos de plata, como para lucir mejor la hermosa frente, debajo de la cual, a la sombra de espesas cejas, brillaban con luz intensa dos ojos de color indefinible, o color de “leche de toro”. como decía una ingenua señorita, añorando sin duda historias escuchadas en la infancia.

La nariz perfecta, de puras líneas clásicas.

Completamente rasurado, una boca pequeña —boca de mujer—lucía al sonreír dos filas de dientes, grandes y fuertes, blancos e iguales.

El conjunto era napoleónico, aunque sin el mechón de pelo. ¿No se trataría de un Poniatowsky?

Más bien alto que mediano, vestía su esbelto cuerpo con finísima ropa de irreprochable corte





inglés; y completaba su elegante indumento con un monocle que usaba rara vez.

¡Cómo se parece a Chamberlain!—decían unos.

Me dejaba en el tintero - verdad es que poco le afectaría- al ayuda de cámara, un negro corpulento, hercúleo y charolado que sonreía, constantemente mostrando el marfil de envidiable dentadura. Respondía al nombre de Jack.

Hablaba el doctor correctamente nuestro idioma, ya que el uso de galicismos no es pecado en estas tierras, y el rodar las erres y alargar ciertas vocales resulta de buen tono y hasta chic; y tratándose de un hombre que poseía doce lenguas, no podía pedirse más. Esta era la opinión del profesor Cappelli, quien oportunamente traía a cuento la fábula del pato y la serpiente.

En el Gran Casino fué presentado a todas nuestras eminencias, y una ráfaga de cultura pasó por el establecimiento. Los muchachos se portaron bien. Durante algunos meses no se vió a nadie en mangas de camisa, ni hubo trompones, ni se oyeron gritos

destemplados.

Los que no sabían emplear el tú y el tí, hicieron gustosos el sacrificio de no hablar, y el coronel Zedilla, que había bajado a la novedad, dejó sus estentóreas carcajadas para mejor ocasión.

Es más: cuenta la fama que fueron canceladas algunas deudas de honor que habían dejado de serlo para convertirse en papel mojado.

Conste que no hubo consigna: todo ello fué espontáneo.

¡Bendito sea el poder del genio, que tales milagros obra!

## VII

Lo que era digno de verse fué el alboroto dos, los besos y abrazos, la lluvia de preguntas, los “¡Cómo! ¿Usted también?” y sobre todo las miradas de desdén y de recelo, de envidia y hasta de odio.

Bueno es saber que aquel grupo no estaba formado por gente de la high- life. La verdadera aristocracia....—en San Salvador la tenemos, gracias al diario «Nuevos Rumbos»- ¿pues qué se creían ustedes?— sería recibida a horas especiales.

¡Pero cuánta enferma, Dios de bondad! Una señora con salud, es por lo visto un bicho raro...

En cuanto a don Manuel, el pobre se limitaba a suspirar. ¿Por qué no habría encontrado al doctor cinco años antes? Ah! Seguramente no sería viudo ahora... (Esto no lo sentía, pero así lo aseguraba a sus amigos).

Días después era muy rara la señora que no tuviera una grave dolencia, y las más hallábanse sometidas a un riguroso régimen, entrenándose para la indispensable operación.

¿Ustedes creerán que el diagnóstico del doctor las asustaba, por horripilante que fuera? Ca! No

señor...

Las que salían contrariadas, casi furiosas, eran las que resultaban sólo con aire, o las que no tenían ni eso, sino flato puro, o ganas de jeringar, como decía cierto esculapio pedrestre y mal educado.

Y cosa rara; las más sanas fueron por lo regular las menos agraciadas. En fin, ya lo expresa el refrán con aquello de “la dicha de la fea, la bonita la desea”.



## VIII

La paz empezó a turbarse en algunos hogares; ¡los ridículos celos!

Hubo señoras que necesitaban—¡naturalmente!—de frecuentes exámenes, y los anónimos comenzaron su obra.

Se habló de disgustos, de palizas y hasta de un divorcio, y se decía que en la calle de la Amargura había habido tiros.

Además, las señoritas casaderas conspiraban. ¿Por que motivo sólo las casadas habían de consultar con el doctor? ¿Por qué?

En los periódicos aparecieron cartas firmadas «Celia», «Margot» o «Haydée», en las cuales se demostraba que ellas también eran de carne y hueso, y que el tener las entrañas vírgenes no era óbice para que sus nervios fuesen menos sensibles y delicados. Oh! Tenían muchísima razón.

Don Manuel, completamente de acuerdo, se frotaba las manos. Parte de aquel triunfo era suyo, y recibió muchas sonrisas y hasta papelitos suplicándole su intercesión. Algunas peticiones iban acompañadas de flores, frutas o riquísimos platos de dulce.

¡No hubo remedio! Cuando la concurrencia de señoras empezó a escasear, el galante doctor hizo saber que desde el día tal daría consultas sobre enfermedades nerviosas.

¡Qué racha de histerismo, cielo santo!

Hubo casa en que todas las niñas sufrían patatuses a hora fija, y en cierto colegio se suspendieron las clases.

Renunciamos a describir estas pintorescas consultas. ¡Qué algarabía! ¡Cuánto entusiasmo! Un novenario aristocrático no fué nunca más alegre ...

Y...¡qué pellizcos les atizaban a sus pinpollos algunas mamás irascibles al salir de la consulta, y a



veces allí mismo...!

Suerte fué que entonces se usara manga larga, que si no....

—Yo, mialma—decía una—francamente no siento nada; pero ya que ha venido esta notabilidad, es bueno que la examinen a una por cualquier cosa, ¿verdad?

Esto se llama pensar juiciosamente.

Tantas cosas veía y oía el negro, que a veces perdía la circunspección, mostrando entonces su blanca y poderosa dentadura.

Decirle a Dios a Jack en la calle era motivo de alegría, y hasta de orgullo. El colmo era decirle en inglés;

—Good by, Jack! ¿Doctor is well?

—Doctor is all right... Thank you, mam!

¡Las víctimas que el doctor hizo en nuestro sexo débil! ¡Cuántas pobrecillas que llegaron sanas, llevadas solamente por un exceso de precaución o por inocente curiosidad, salieron enfermas del corazón...!

Pero el doctor no era culpable; no.

Circunspecto; grave, correctísimo, pero ¡ay! demasiado guapo!

Don Manuel, don Manuel: ¿qué hizo Ud? ¿Cómo resolver aquel inesperado conflicto? ¿Cómo evitar la tempestad que se venía encima? Don Manuel, indiferente al principio, o si hemos de ser francos hasta contento, acabó por preocuparse. Uno de los maridos celosos le dijo en el Casino algunas inconveniencias, y diz que trajo a cuento la palabra proxeneta.

Verdaderamente, la cosa se ponía de color de hormiga. ¡Qué de hogares convertidos en infierno! ¡Y qué de anónimos!





Este detalle daré una idea de lo que pasaba: se decía que los mensajeros del Correo trabajaban como por año nuevo, y que el don Floro de la época se había visto obligado a suprimir casi todos los buzones.<sup>1</sup>

---

<sup>1</sup> *Tan sabia medida se tomó una ocasión en que también menudearon los anónimos.*

## IX

Don Manuel no creía en los líos que lo atribuían al doctor—lo sabría él, ¡qué caray!- pero no pudo menos de cavilar sobre el asunto. Recordó que don Quijote, cuando aconsejaba a Sancho con motivo del gobierno de la Insula que le había caído del cielo, entre otras cosas le dijo que mandara a traer a su mujer pues no conviene que los que gobiernan estén sin las propias. (Esto es claro como el agua: el que no tiene mujer propia, por fuerza ha de aprovecharse de las ajenas).

Y que el doctor necesitaba hembra no tenía vuelta de hoja. Seguramente no le había hablado a don Manuel de tan escabroso asunto por un exceso de pudor o por respeto. Esto creía y lo agradecía don Manuel, pero al mismo tiempo pensaba que era falta de confianza.

A los cuarenta—aunque Dumas asegure que el amor a esa edad es una -costumbre—es indispensable tener compañera. Don Manuel la



tenía a los sesenta sin hacer maldito caso de Dumas, quien afirma también que el amor a los doce lustros es una porquería. Verdad es que él le daba muy poco quehacer a la exhospiciiana que se sacó de su casa—de la de él— por respeto a sus sobrinas, a poco de enviudar. Como un relámpago pasó por su mente la idea de ofrecérsela al doctor; pero la palabra proxeneta, en mala hora escuchada en el Casino, lo hizo desechar esa solución. A ella si que le habría encantado... ¡Ya lo creo!

Se acordó en seguida de una prima de Carmencita—así se llamaba la hospiciiana—una chica muy guapa que se merecía algo más que los estudiantes y horteras que por cuatro reales, alternados con golpes, gozaban de sus favores. Dándole lo suficiente para que se comprara buena ropa, estaba seguro de que merecerla la aceptación y hasta las solicitudes del doctor.

Pero.... ¿y si éste resultaba parecido a Napoleón en el particular?

Don Manuel había leído algo de historia, y recordó la indignación con que el Capitán corso rechazó en Santa Elena el ofrecimiento de mujercitas que por medio del Gobernador le hizo la “previsora” Inglaterra.

Reflexionó, y decidió ensayar. No: el doctor, en esto, no se parecía al Emperador cautivo. ¡Qué va...!

Estando cerca el día de San Miguel, celebró una conferencia con Carmencita, a quien comunicó sus proyectos. Esta quedó encantada. Don Manuel pensaba obsequiar al doctor, en la noche del 8 de mayo, con una cena íntima, y quería que Monchita—la prima—se presentara limpia, olorosa y bien ataviada.

Se hizo un presupuesto aproximado de la indumentaria indispensable, y don Manuel le entregó a su concubina un billete de cien bambas.

En cuanto a la cena, él iba a tratarla con el famoso Mister Willis.



Cuando uno se mete a practicar la caridad, hay que hacerla completa. Así pensaba don Manuel, y por eso se acordó también del pobre Jack; pero moviendo la derecha mano, como quien espanta una avispa, desechó la idea. “Hasta ahí no, ¡ajo!”

Sin embargo, pensó enseguida que la morenilla que hacía las veces de doncella de su querida, una zamba muy agraciada, no estaría mal para el negro. ¡Qué había de estar mal si a él mismo le había abierto el apetito varias veces!

—Allá ellos—dijo para su capote.

Francamente, por un amigo puede uno hacer ciertos sacrificios, mas no por un criado, y menos si trata de un negro.

No dejaba de sentir algunos escrúpulos, pues siempre había sido muy delicado y rectilíneo. (Al menos él se tenía por un gentleman).

Recordaba que en nuestra historia, sin ir demasiado lejos, se citaban casos de altos

funcionarios, y hasta de ministros que habían tenido esa clase de complacencias con sus amos, y algunos había presenciado él; pero el solo recuerdo le producía asco.

En fin, su caso era muy distinto, y el ejemplo de Inglaterra, tan oportunamente recordo, le sirvió para tranquilizarse del todo.



## X

Don Manuel había dispuesto una cena íntima, de cuatro cubiertos—las dos parejas—nada más—pero Cappelli y de la Peña se invitaron ellos solos.

Nuestro anfitrión se sintió contrariado al principio, pero después pensó que la presencia de estos amigos acaso fuera conveniente: la alcahuetería no iba a resultar tan cruda, y aquellos alegres invitados le darían amenidad a la fiesta. Don Manuel no quería excederse, porque desgraciadamente tenía el vino triste —casi lúgubre—desde la muerte de su cara mitad.

Carmencita se encargó de invitar a una amiga más, ya que Cappelli llevaría a su señora. (El profesor estaba arranchado<sup>2</sup> con laseudoviuda de un director de policía, y le faltaba poco para dejarla cabal es decir, en la calle).

---

<sup>2</sup> *No se sabe si arranchado viene de RANCHO, del ARRANGED inglés o del galo ARRANGER. Díganlo los eruditos.*

El programa se cumplió al pie de la letra.

Mister Willis se portó bien, mucho mejor que Cappelli y que Peñita. Estos caballeros fueron demasiado lejos al honrar la mesa de Carmencita. Repitieron de todos los platos, cuadruplicaron los tragos, y trasegaron champaña hasta quedar convertidos en cubas, o mejor dicho, en cerdos, con perdón.

El coche de don Manuel tuvo que hacer varios viajes. Llevó primero al matrimonio Capelli; después condujo a de la Peña, al cual sostenía Jack; luego al doctor y a Monchita, A quienes don Manuel declaró “solemnemente unidos en nombre de la República”—oh! la picaruela supo enloquecerlo, y por ultimo a don Manuel, pues es fama que nunca durmió fuera de casa.

Jack no fué menos dichoso que su amo. Logró que la doncella dejara la puerta sin tranca, y no despertó sino cuando tocaban diana en el cuartel vecino.





Al darse cuenta de este lío, Carmencita despidió indignada a la muchacha, pero sin ruido y sin escándalo. De algo le sirvieron los años que en calidad de hija de casa estuvo con la difunta de don Manuel, pues ahí aprendió a ser señora y a tener delicadeza.

—No quiero pindongas en mi casa...—Esto fué lo más fuerte que ella le dijo.

Este incidente no impidió que Jack siguiera frecuentando la casa.

(Los hombres siempre tenemos disculpa en tales casos; a Carmen la divertía el negro, y el patrón no decía nada).

Y no es que don Manuel estuviera en Babia ni mucho menos, que no faltaron en esa ocasión los anónimos caritativos; pero él era así: jamás daba oídos a la calumnia. Además la hospiciiana era muy decente y estaba por encima de toda sospecha.

El no juzgaba invulnerable, y cierta vez creyó llevar alguno a las ancas; más tratándose de Jack, no era creíble.

—Hombre... con ese negro... No: ¡imposible!

Sin embargo, desde entonces Jack le fué profundamente antipático, y sólo por consideración a su amigo y por no dar su brazo a torcer, no dijo nada.

## XI

Don Manuel creyó haber puesto una pica en Flandes cuando arregló al doctor y a la Monchita, y tranquilizado como ya sabemos con el recuerdo del gesto del gobierno inglés, no tuvo inconveniente en comunicar el suceso a sus amigos del Casino, con el piadoso móvil—esto lo decía en sus adentros—de llevar a su vez la tranquilidad al espíritu de ciertos maridos enfermos. Porque a don Manuel nadie le quitaba de la cabeza que los celos son una enfermedad, por cierto de las más terribles.

—En fin, concluía don Manuel—yo he puesto un verdadero pararrayos, y no creo que se me pueda exigir más...

Esta ocurrencia del pararrayos tuvo un éxito formidable, y se hizo popularísima.

A Monchita, naturalmente, tenían que caerle los rayos, y le cayó el primero en forma de apodo, Desde el día aciago en que don Manuel soltó su frase, olvidaron el nombre de pila de la manceba

del doctor, y sólo la llamaban la “Pararrayos”.

¡Pobre Monchita! Sus antiguos clientes, desdeñados hogaño por culpa del gran tocólogo, gente sin pizca de educación, le decían el mote hasta en la calle.

Ella, hecha una tigre, les ponía como no digan dueñas, que en lo de tener desgaire y la lengua expedita, le daba ciento y raya a la loca Amparo.

El día que se puso sombrero—porque Monchita vestía a la última moda—pasó por la esquina de la Universidad. Uno de los alegres estudiantes le preguntó, refiriéndose al sombrero, si era de platino.

Suerte fué que Monchita no supiera física. De lo contrario se arma allí la de Dios es Cristo.

Los hombres casi todos aprobaban lo hecho por don Manuel, mas no así algunas señoras y señoritas, quienes sin andarse en chiquitas calificaron de “sinvergüenzada” la acción de nuestro amigo.



El doctor no recibió más ramos de flores sino una lluvia de protestas, y ante la actitud decidida de un grupo de solteras —sección de histéricas— que juraban no poner los pies en casa del doctor mientras estuviera allí “esa mujer”, el galante sabio decidió instalar, a Monchita en casa de Carmen.

Lo grave fué que él mayor monstruo hizo presa en el corazón de la muchacha, ya perdidamente enamorada del doctor, lo que se tradujo en nuevos quebraderos de cabeza para éste.

El pícaro negro no entení de secretos profesionales, y le contaba a Carmen lo que veía y oía en las consultas de su amo. No hay que decir que ésta se lo refería a su amiga, y así fué como se armaron unos líos espeluznantes.

La “Pararrayos” no se paró en barras, y echando chispas, como es de obligación cuando hay tempestad, escribió furibundos anónimos que casi no lo eran, pues maldita la falta que hacía la firma.

A una señora de muchas campanillas la llamaba «infame putifara», «cuero corruco», y le decía que su marido era un calzonazos del género de Abelardo—ella mentaba a un colega de éste, pues ignoraba la existencia del desdichado amante de Eloísa—; y a una señorita de las que “se morían por el doctor”, la llamaba “tísica indesente” y la amenazaba de una manera soez.

Estos papelitos le fueron remitidos al doctor por las interesadas, para que viera y pusiera remedio, «si era caballero».

Indudablemente aquello no podía continuar. El pararrayos de don Manuel, como esos aparatos mal instalados, resultó un verdadero chupa-rayos. ¡Pobre señor! Por lo visto nada le salía bien...

Otro habría buscado remedio para sus penas en el alcohol, como es uso frecuente entre nosotros, o hubiera cortado por lo sano con una fuga a tiempo, pero el doctor era muy hombre y abominaba de los borrachos, especialmente de los chismosos. Por esto, poco a poco se había retirado del Gran Casino.



En el Club se le veía más a menudo.

Después de la ciencia, su pasión favorita era el poker. Lo de su afición a las mujeres eran exageraciones de cerebros femeninos calenturientos, o calientes, como decía Monchita, que no entendía de eufemismos.

Aquí lo habían iniciado en los secretos del popularísimo chivo, demostrándole sus innumerables ventajas, pero el doctor se mostró escéptico—algo había oído de dados prietos y cargados—y prefería pasar sus ratos perdidos hojeando el libro de las cuarenta, o de las “cincuenta y dos”, en el presente caso.

Aunque sotto voce se decía que era un punto fuerte—de seguro por indiscreción de don Manuel, el único que lo vió jugar a bordo— él no desdeñaba coger las cartas en partidas modestas, sobre todo cuando podía alternar con bellezas criollas o exóticas, libres o comprometidas, con tal que fueran comprometedoras ...

Si entre los hombres se halla horriblemente extendido el vicio de la bebida, el del juego en cambio ha encontrado acogida favorable en nuestro bello sexo, tal vez a guisa de compensación o por desquite. Es una pena el abandono en que se hallan multitud de hogares.

Mientras los padres “buscan los frijoles”, beben o politiquean,<sup>3</sup> las madres acompañadas de sus hijas o cada cual por su lado, tratan de cubrir el déficit del presupuesto ganándose los cuartos recíproca y despiadadamente, y lo que es más penoso, «como haya lugar», es decir, sin parar mientes en los medios. Algunas juegan por puro aburrimiento.

Horas y horas, tardes enteras, y en casos excepcionales la mitad de una noche, estos «ángeles del hogar», poseídos de verdadera fiebre, no se acuerdan para nada del esposo ni de los hijos.

Ligar una «flor» o una «escalerilla»; llevarse el

---

<sup>3</sup> *En aquel tiempo los salvadoreños todavía se preocupaban de la cosa pública, pues no habían perdido la ciudadanía. Hoy es delito hablar de eso. Y tan conformes....*





postrar jack pot, llamado de “consolación”, o desquitarse a lo último, es la suprema ilusión de estas enfermas dignas de lástima o.... del palo.

Desquitarse! Defenderse! Si oye usted a un jugador, le dirá muy serio que él no aspira a otra cosa. ¿Defenderse de qué? ¿De quién? ¿Lo atacan acaso? Pedir el desquite es lógico, muy humano. ¿Pero hay por ventura algo más lógico, más sencillo y más humano, para no verse en el trance de necesitar desquites ni defensas, que no jugar?

¿Es que no hay nada mejor en qué emplear el tiempo de....sobra?

¡Pobres mujeres! ¡Infelices maridos! ¡Desdichados hijos!

Ya veo retozar la sonrisa en tus labios lector benévolo o graciosa lectora, y antes que lo digáis escucho aquello del “diablo metido a predicador”.

¿Acaso vosotros no habéis predicado alguna vez?  
¿A que sí?

Pero si me equivocara, y sobre todo si os hubiera ofendido, involuntariamente desde luego, creed que

“. de lo dicho me desdigo,  
y mi sencilla narración prosigo”.

Ni multiplicándose habría podido nuestro héroe aceptar todas las invitaciones que de aquí y de allá le llovían.

Tes en las legaciones, casas ricas y hasta en modestísimos hogares, en esos nidos donde a veces falta lo necesario y hay que acudir a los vecinos, cuando llega el caso, en demanda de unas sillas, de tazas, vasos y hasta del molinillo; item más paseos campestres, pic-nics, y sobre todo partidas de juego.

El asunto era agasajar al doctor, tenerlo de huésped aunque fuera unos minutos, y poder luego referir el suceso a las amigas envidiosas, con el piadoso fin de hacerlas rabiar.



Otros—hay que decirlo todo—lo hacían únicamente con propósitos más prácticos, o sea con la esperanza de que esas muestras de afectuoso aprecio se tradujeran, llegado el día, en una rebaja de la cuenta, o quizás quizás en su completa anulación.

El doctor concurría alternativamente a varias tertulias en las cuales se tiraba de la oreja a Jorge, y, cosa curiosa, perdía indefectiblemente cuando se jugaba barato; mas si el “límite” era de cinco pesos o más alto, siempre le favorecía la suerte.

«Don Félix de Montemar,  
debe perder. El amor  
le negara su favor,  
cuando lo viera ganar».

Así solía decirle la “infame putifara”, quien como antes he dicho, era una de nuestras damas encopetadas.

—No estoy hastiado de amores, ni necesito

dinero, como mi paisano el- calavera de Salamanca-respondía galante el doctor— pero... hay que defenderse. Subrayaba esta última palabra, guiñaba un ojo, y sonreía con aquella sonrisa que había causado tanto estrago en nuestras bellas.

—Hay que hacer atención—explicaba—porque esto ya no es un pasatiempo; tenemos jugadores de fuerza, y la lucha se impone.

¿Y cómo no? Le sobraba razón. Entre los tales «jugadores de fuerza» los había con fama de «nonc santos», de legítimos aventureros, o TAHURES, que así les llama nuestro léxico. (Se decía que cierto joven inexperto había sido desvalijado por completo).

Y el doctor pelaba el ojo, y ponía en el juego los cinco sentidos.

Tampoco se libró don Manuel de un disgusto, a propósito de la suerte de su Protegido. Hubo malas lenguas que insinuaron la sospecha de que el doctor, siguiendo los consejos de su predecesor



Casanova, probablemente practicaba el «ayúdate».

—Cuánta infamia, Señor!—Esto lo decía don Manuel, apretando los puños y los dientes.

Alejémonos de las mesas de juego, y doblemos la hoja.

Francamente, me parecen mas simpáticos los salteadores de caminos.

## XII

Pero ¿y los hombres? ¿No sacarían los del sexo fuerte ningún provecho de la venida del doctor?

Sin intención de ofender al adorable gremio, creo que es una suerte no ser señora; mas desgraciadamente los calzonudos tenemos también nuestros alifafes... ¡vaya!

El doctor, en la excursión cinegeto-científico-farandulera que llevó a cabo en el corazón del Africa acompañando a Roosevelt, tuvo ocasión de hacer estudios profundos sobre la terrible enfermedad del sueño, y por ahí se aseguraba que nosotros teníamos el honor de albergar en casa un pariente cercano del célebre tripanosoma africano, el cual responde al simpático apellido Cruzzi, variedad Segovia.

A don Manuel de Jesús Guijarro pertenece también la gloria de haber roto el fuego en esta nueva batalla de la ciencia.



Nuestro prócer cada vez se volvía más dormilón, y últimamente el mal se agravaba a ojos vistas.

Ya no era aquello de  
“dormía siesta y cuando no dormía,  
la cabeza sin falta le dolía”.

Su vida era una perpetua siesta. Un día se durmió pulmoneando al doctor; ¡el colmo!

Había que curarse.

Le sacaron unas gotas de sangre, y descubrieron en ella el temible animalito. La curación de don Manuel fué cuestión de dos semanas, habiendo quedado ipso facto convertido en uno de los hombres más despabilados con que ahora cuenta el país. Hay quien asegura que hoy se ve en apuros para cerrar los ojos. ¿Se le iría la mano al doctor?

Otros señorones también fueron curados de la misma enfermedad, entre ellos algunos altos funcionarios, aunque estos últimos se dice que han recaído, y que están peor que antes.

Pero lo que más dió qué decir; lo que había alborotado y dividido profundamente la opinión y provocado agrias polémicas y hasta un desafío, el que afortunadamente no se llevó a cabo gracias a la oportuna, intervención de don Manuel, verdadero especialista en la materia, fué la atrevidísima operación de alta cirugía que el doctor se proponía hacerle a uno de nuestros más conocidos millonarios.

El corazón de este pobre señor marchaba como un reloj de a cinco pesos, y amenazaba pararse lo menos dos veces al día. El enfermo, imitando a Rockefeller, ofrecía diez mil pesos oro al que lograra curarlo.

El doctor prometió curarlo, y ceder los diez mil dólares al Hospital. Qué rasgo, ¿eh?

La operación consistiría en una pan-car-dio-plastía, o sea en trasplantarle el corazón de un animal, de un burro, que pareció lo más indicado, sin duda por pertenecer el paciente a la llamada burocracia, en donde según malas





lenguas sentó las bases de su saneada fortuna.

Se buscó un animalito aparente, y hallaron y trajeron un pollino joven, sano, alegre y retozón.

Se le puso a régimen.

Poco a poco le cambiaban la alimentación: se le disminuía el verde y se le aumentaban los granos. (Trigo, de preferencia).

Después le darían alimentos condimentados. El objeto, lo importante, era que el rucio se humanizara lo más posible. La señal sería, no que hablara, como decían algunos guasones, sino que el estiércol cambiara de aspecto: color, consistencia, y olor.

Esta operación iba a ser la última, y todo el mundo estaba suspenso: la ansiedad era inmensa.

Sólo en la tertulia de la señora de X... reían de lo lindo.

## XII

—¿Y cuándo le operan a usted?—le decía una señora a otra, de las que se hallaban en capilla.

—Pues... no lo sé, querida. Se dice que el doctor tiene que ir a Panamá forzosamente, y que hasta su regreso, dentro de un mes, no podrá operarnos. ¡Figúrese usted qué contratiempo!

—Pues hija, paciencia. Lo siento muchísimo.

Y así era en efecto. (Lo del viaje: no lo del sentimiento). El doctor hizo saber a sus amigos que pronto, vendría a Panamá una comisión del Instituto Rockefeller, y que muy a su pesar se vería obligado a dejar su amada clientela por algunos días: un mes a lo sumo.

Este rumor que algunos lenguaraces calificaban de “preliminares de fuga vergonzosa”, y el haberse excusado nuestro sabio de coger la cuchilla en el hospital en cierta ocasión, fué motivo para que del grupito hostil que dirigía la señora de X..., se



lanzara la insidiosa especie de que el tal doctor no era capaz de sacarle los huevos a una iguana. (Sic).

¡Lo que sufrió el pobre Guijarro con esta nueva infamia!

La explicación que él daba era la siguiente:

El doctor, “ante todo hombre digno y puntilloso”, sabiendo que en el hospital lo adversaba un grupo de envidiosos, al principio se negó a visitar este establecimiento, orgullo —después de la banda de los Altos Poderes— de los salvadoreños verdaderamente patriotas.

Incorporado ya, sin examen por su calidad de español, después de vencer con la influencia de Guijarro ciertas dificultades creadas por la malicia, no pudo declinar por más tiempo la invitación que le hacían sus amigos y partidarios. (Estos eran en su mayor parte los adversarios del Doctor X....)

Y una mañana, acompañado de Guijarro, quien in illo tempore había sido Hermano Mayor del antiguo Hospital, y conservaba prestigios y estrecha amistad con la dignísima Superiora, el doctor se apeaba en el extremo oriental de la séptima calle, frente al monumento de don José Rosales.

El doctor exageró su admiración, declarando ante sus enternecidos oyentes que no había en París un hospital semejante, y que, sin ninguna duda, el nuestro era el primer establecimiento de su género en la América española. (Se dice que algunos empleados lloraron).

Paso en seguida a la sala de operaciones, en ocasión que iban a amputarle una pierna a “Cola verde”, aquel famoso mendigo apopeño que lucía una pierna monstruosa, atacado de elefantiasis. El operador invitó al sabio visitante a coger la cuchilla, pero él declinó tal honor. Tuvo, sin embargo, la galantería de permanecer allí unos minutos, haciendo signos de aprobación con la cabeza, y de felicitar al operador.



Y no pasó más.

¿Sería esto motivo para que la maledicencia lanzara especie tan absurda?

¿Verdad que no?

## XIV

¡Qué diablo! El doctor tenía muchísima razón. No era cosa de irse dejando recién operada a una cliente distinguida. ¿Y las complicaciones posibles ?

No se habló ya de operaciones ni de enfermedades; pero en cambio se hablaba a todas horas de un acontecimiento trascendentalísimo, según expresión de don Manuel. Se trataba nada menos que de la fundación de un centro científico, o mejor Instituto, el cual estaba haciendo mucha falta. En tiempo de Menéndez se fundó la “Academia de Ciencias y Bellas Letras”, asociación de la que no quedaban sino buenos recuerdos y media docena de socios desperdigados; mas tomando en consideración «el grado de cultura que hemos alcanzado», era indispensable la resurrección de aquella o la creación de una similar.

Don Manuel había cambiado a ese respecto algunas impresiones con el ilustre sabio, siendo de opinión que debía fundarse una «Asociación Medical»; pero el doctor, más político y observador,



no fué de ese aviso, y le hizo ver que, dado el espíritu retrógrado y el atraso científico de la mayoría de nuestros galenos, probablemente la idea no sería acogida con entusiasmo, y añadía que él se inclinaba a la organización de un centro científico más cosmopolita—de grande envergure—al cual tuvieran acceso todos los hombres que cultivan los diversos ramos del saber humano.

Pero don Manuel, acaso descendiente de aragoneses y que por algo se llamaba Guijarro, le replicó que “él respondía del éxito” y que tendríamos “Asociación Medical”, pesárale a quien le pesare.

¡Qué distinta fuera nuestra suerte si el país hubiera contado con media docena de Guijarros!.

La idea fué acogida con algún entusiasmo—aparente al menos—por el grupo de amigos de don Manuel y admiradores del doctor. La primera reunión se celebró en los altos del Gran Casino, y dió lugar a que los pronósticos del doctor

empezaran a confirmarse. La concurrencia fue numerosa, pero los esculapios podían contarse con los dedos. ¡Era seguro! ¡Los muy envidiosos se hicieron los sordos!

—Tristeza del bien ajeno—dijo suspirando el bueno de don Manuel, que se sabía el Ripalda de cuerito a cuerito.

—Es que éstos se hacen los merecidos, y quieren que uno les hable, que les rueguen —continuó diciendo— Déjenme a mí, y yo les prometo que en la próxima reunión me traigo lo menos dos docenas.

Así se expresaba el optimista farmacéutico, mientras los concurrentes cambiaban miradas de incredulidad.

—Ahora vamos a cambiar impresiones generales—añadió don Manuel—. Yo opino que nuestra sociedad debe llamarse Asociación Medical”. ¿Qué les parece?—Y paseó una mirada de suficiencia por el auditorio.





Un joven intelectual, escritor incipiente y diplomático en ciernes, pidió la palabra.

Don Manuel, un poco ceñudo, le invitó a hablar con un gesto.

El otro carraspeó, sonrió, se arregló la corbata, y sobándose las manos, dijo así;—Señores, no quisiera tener nada que objetar a propósito del nombre de la futura asociación; pero como precisamente se trata de un centro cultural, de más quilates que nuestro Gran Casino, encuentro que el nombre indicado no es muy castizo. La palabra “medical” no es española, con perdón de nuestro ilustrado amigo el doctor Guijarro...

Don Manuel hizo una mueca que parecía risa, y rascándose la cabeza, contestó con sorna y un poco amostazado:

—Ya pareció la caca....reada gramática y la pu...er...quísima casticidad. Pues... precisamente porque no es española me gusta la palabra...

El español... ¡Vaya una lengua! Lindo país! ¿Qué tenemos que agradecer a los godos fuera de nuestra santa religión?

—Y su... ilustre protegido, ¿de dónde es?

—insistió el otro, amoscado a su vez.

—El doctor no es de ninguna parte; les ciudadano del mundo! El doctor Gonorreitigorrea es nuestro! Taday, in-te-lec-tual...

Y don Manuel dió media vuelta en la silla, en señal de desdén...

El desdichado defensor de la gramática abandonó el local corridísimo, pues don Manuel fué ruidosamente ovacionado.

Se hicieron muchos chistes; se proclamó la inutilidad de la erudición, y se declaró que la forma no es nada y que el fondo lo es todo.

—A mí démen ideas - decía a voz en grito el



descubridor del sabio, con las manos en alto -  
¿Cuándo ha surgido una idea en Castilla?

—Nombrale a Santa Teresa y a San Ignacio—le dijo en voz baja a su vecino, otro de los concurrentes.

—Mentáselos vos....

—San Ignacio no era castellano - dijo don Manuel, que pescó al vuelo el último nombre-. El glorioso fundador de la Compañía de Jesús era vasco, como nuestro ilustre huésped.

—Ve, vos! Trete dos botellas de champán y quince copas—. Estas últimas palabras iban dirigidas al fámulo que arrimado a la pared esperaba órdenes, sonriendo y admirando a nuestro generoso Mecenas.

Alegres taponazos pusieron fin al enojoso incidente.

Igual que el espumante vino se desbordó la



alegría, y don Manuel firmó, sin arrugar la cara, un vale de veinte pesos.

## XV

La fundación de la «Asociación Medical» fue un fracaso. No sólo er acogida la idea con frialdad por la mayoría de los médicos, sino de una manera hostil por el elemento joven.

Contrariado don Manuel, se explicaba ante sus íntimos de la siguiente manera:

—Como nunca ha de faltar un pelo en la comida, los doctorcitos de París, esos que han sacado título o brevet para matar impunemente súbditos coloniales, se niegan a formar parte y han conseguido enfriar a los viejos; pero no importa! Fundaremos un Instituto de mayores alcances, o como dice nuestro ilustre amigo, de gran... (no me acuerdo de la palabreja), en el cual cabremos todos.

Lo que sucede es siempre lo mejor... , como dijo no sé quién.

Y ahora, manos a la obra! Nombraremos sobre la marcha una directiva provisional, si a ustedes les

parece.

La proposición fué aceptada por unanmidad, y se procedió a la elección, la que se llevó a cabo siguiendo el sistema nacional, el cual consiste en que un peje de los gordos va pronunciando nombres, y los demás aplauden y aprueban.

—Creo que la presidencia le corresponde por derecho propio al sabio doctor Gonorreitigorrea - exclamó don Manuel.

—La presidenza d'onore - interrumpió Cappelli - ma la presidenza d' effecttivitá vos corrisponde.

Una salva de aplausos acogió las palabras del simpático italiano.

—Yo me inclino ante la voluntad de mis amabilísimos colegas—dijo Guijarro inclinándose de verdad, puesta una mano sobre el corazón.

—Para secretario,—continuó—creo que nadie está más indicado ni más capacitado que el ilustre



director de «Nuevos Rumbos», nuestro buen amigo...

—Im... imposible—interrumpió el aludido—Agradezco mucho, pe....pero no tengo tiempo pa....para nada. De la Peña, el infa....fatigable luchador, me parece pin... pintiparado para ese cargo.

—Señores, yo... —dijo el último, dirigiendo al mocionante una mirada de agradecimiento—no tengo ejecutorias, ni creo poder...

—Fuera modestia—saltó don Manuel—¡inclínese como yo!

—Me inclinaré....(Peñita, do pie, hizo una graciosa reverencia).

Nueva salva de aplausos.

Para tesorero “estaba indicado” Cappelli, el popularísimo Guiuseppe Cappelli, poligloto e intrigante, que acababa de birlarle las clases del

instituto nada menos que a Nicasio Valle.

Síndico fué nombrado el Licenciado Coquín, oriundo de Mamisaca, mal financiero y peor poeta, sin clientes, pero en cambio con cuatro o cinco empleos.

Se dispuso repartir por igual entre la Medicina y el Foro los puestos de vocales. Fueron designados por la primera los doctores Cerrato y Cordero, forenses y médicos de los cuarteles y escuelas, ambos; Inspector de Higiene el uno, y profesor de la Normal el otro, todo ello con su respectivo y sustancioso conque en el presupuesto de esta ubérrima Jauja; y, como vocales abogados, resultaron electos el joven doctor del Real, internacionalista estupendo, dedicado desde la infancia a socavar los cimientos de la Doctrina de Monroe, y el doctor Flageolet,—“indio francés”, como él decía con orgullo-muy dado a estudios y trabajos históricos, en los cuales demostraba que otro gallo nos cantara si nuestros descubridores hubieran salido de Marsella o de Saint Nazaire, en vez de haber zarpado de Palos de Moguer. (Alguien le replicó en





una ocasión que si en vez del gallo de Morón nos cantara el de Vercingetórix, no tendríamos peleas de gallos ni los comeríamos en chicha).

Habiéndose excusado este último —Flageo- no Vercingetórix—por tener que ausentarse let, para ir a representarnos en un congreso de Geología, y a fin de que las Artes estuvieran representadas en la Directiva, se nombró para sustituirlo al arquitecto Blandini, artista italiano con “treinta años de América” y otros tantos de engañar a sus bobalicones habitantes, y por contera masón de 86 grados, Fahrenheit o Gay-Lussac.

Este detalle debió bastar para que don Manuel le echara bola negra; pero nuestro compatriota—hay que reconocerlo en honor suyo— se inclinaba siempre ante los genios, sin reparar en sus creencias ni en las uñas. Porque Blandini debía muchas y a muchos, quizás a las once mil vírgenes, y sin duda por ello tenía tantos protectores.

El secreto de «crear los intereses» no lo ha descubierto Benavente; siempre lo conocieron por

intuición «todos los pillos que en el mundo han sido».

No siendo los salvadoreños muy devotos de la exactitud, menospreciamos las ciencias exactas, y por esto nadie se acordó de los ingenieros, seres inferiores a quienes generalmente se cree divorciados de la ciencia y hasta del sentido común. ¡Dios se los pague!

No faltaba nada: lo más difícil se había andado ya. Hasta la cuestión del nombre de la asociación se resolvió en un periquete. Se barajaron algunos, como «Ciencia y Acción», «Ciencias y Letras» y otros; pero Blandini zanjó la dificultad proponiendo la combinación «Ciencia y Arte», aceptada por unanimidad, pues era casi unánime entre ellos la antipatía por las letras. En cambio la ciencia infusa y las artes—las malas principalmente—están al alcance de todos.



## XVI

El doctor se nos iba y urgía inaugurar aquello.

Todo quedó arreglado en menos que canta un gallo.

Es curiosa la energía y actividad de que solemos dar muestra los salvadoreños cuando se trata de pamplinas, y es triste la indiferencia de la mayoría ante problemas tan pavorosos como el alcoholismo, la mortalidad infantil o el porvenir político de la nación.

En el presente caso teníamos excusa, pues como decía don Manuel, “la cosa no podía ser más trascendental”.

Las invitaciones habían circulado profusamente.

«A nombre de un grupo distinguido de hombres de ciencia...»

El machote era de propio puño de don Manuel, y Peñita, sabiendo que con él era peligroso abogar por la pureza de la lengua, calló prudente y no quitó ni una coma.

«La noche tan soñada al fin llegó».

Del San Salvador elegante no faltaba nadie; ni la señora de X...

Los doctorcillos envidiosos también andaban por ahí, hablando en francés y suspirando por el Club...¡Qué diferencia!

La Banda de...los Supremos Poderes—¡cómo había de faltar!—llegó la primera, galantemente ofrecida por el Ministro de la Guerra.

Muchedumbre de curiosos se agolpaba frente al Gran Casino. Los encargados del servicio de orden les contenían a duras penas con sus habituales y finas maneras, y rarísima vez con el garrote.

Dichosamente la noche estuvo espléndida.



Algunas familias llegaban a pie, luciendo ellas marchitos abrigos y ellos, los papás, maridos y hermanos, metidos dentro de ajadas levitas, lustrosos chaqués o antiquísimos fraques.

Los destartalados Sacres de alquiler, vergüenza eterna de la capital salvadoreña, se sucedían sin interrupción y descargaban obesas mamás y niñas escuálidas, clientes unas y admiradoras del doctor todas.

Peñita, factotum y verdadero héroe de la jornada, se multiplica, está en todas partes.

De cuatro zancadas sube al salón lila, y da una orden. De dos saltos baja al patio, se encara con el Músico Mayor y le dice: “Usted sólo a mí tiene que obedecerme, y de ahí a nadie” Este hace una reverencia y saluda con el clarinete.

Don Manuel de Jesús Guijarro, a quien ayudan algunos miembros conspicuos de la Directiva, recibe a las señoras. Blandini, el impecable Blandini, el ex-buen mozo Blandini, ayuda en la grata tarea, con

la esperanza de enganchar algún corazón en las puntiagudas guías del kaiseriano bigote.

Los venerables coches presidenciales, tirados por antediluvianos matalones y luciendo sus desteñidos interiores, llegan a ponerse a las órdenes del presidente de «Ciencia y Arte».

Los doctores Cerrato y Cordero suben en uno de ellos por orden de aquél; y van a buscar al doctor.

El músico mayor se acerca al secretario: desea saber qué himno ha de tocar a la llegada del doctor. Oh! El Músico Mayor, ciudadano del país de los catorce himnos, sabe lo que se pesca. De la Peña se rasca la cabeza y vuela a consultar a Guijarro.. Éste se queda pensativo.

—El caso es.... que ... ¿de dónde diablos es al fin?

—Que le toquen la Internacional - apunta el intelectual de marras, retirándose prudentemente. Don Manuel le dirige una mirada asesina.



—Yo le tocaría la Marsellesa- insinúa Peñita.

—¡Magnífico!—exclama Guijarro—saliendo gozoso del apuro—Me parece lo más indicado.

El Músico Mayor hace un saludo con el clarinete, y se retira.

Movimiento general.... Rumores.... ¡Ya viene! ¡Allí está ya!

Las vibrantes notas del Himno de los Himnos estallan y suenan majestuosas, haciendo retemblar el carcomido edificio.

Muchas niñas y alguna que otra mamá se enjugan lágrimas furtivas.

Don Manuel se dirige hacia la puerta empaquetado en monumental leva traslapadas obra maestra de Alexander, el sastre parisiense que se honra vistiendo a los clientes que algunas casas «honorables» de esta plaza, con raíces en la capital del mundo, le envían solícitas, y a las cuales él

abona agradecido la módica comisión del 25 por ciento.

—¿Vendrá el Presidente de la República?  
—pregunta ansioso el secretario.

—...Me lo había ofrecido...—responde Guijarro contrariado, casi compungido.

—Es por nuestra colocación en la mesa—observa Peñita, siempre esclavo del protocolo.

—Pues....será mejor creer que no vendrá: él es así....

El arqueológico cuchumbo<sup>4</sup> de la cochera nacional se detiene ante la puerta.

El Doctor, ágil, baja de un salto, y cae en brazos de Guijarro.

---

<sup>4</sup> *Por aquel tiempo fué bautizado con el nombre de “cuchumbo” el coche que el Sr. Presidente destinó para el servicio de los diputados, sin duda porque a estos les llaman chivos, vaya usted a saber por qué...*





Luce una chistera—dernière modéle—que daría envidia a un sable por lo relumbrosa, y ante la cual los felpudos boleros de Cerrato y de Cordero son una irrisión.

Un murmullo de admiración se escapa de mil pechos.... ¡Qué galán! ¡Qué elegante.... ¡¡Oh!!

Sí...Hay que confesarlo, aunque sea una humillación. Ante el doctor, hasta los jóvenes chic, esos distinguidos smarts fundadores de nuestra tierna diplomacia, resultaban cursis. Y que me perdonen.

El doctor distribuía apretones de manos y sonrisas, o saludaba con amables “Cava?” “How are you?”, y un “O mío caro!”, especial para Blandini.

## XVII

Una nota cómica estuvo a punto de empañar el esplendor de aquella hora inolvidable.

Coquín, el Síndico, se presentó en condiciones inadmisibles. La levita sucia, llena de lamparones, y el pantalón con lustrosas rodilleras y flecos por abajo. De la corbata, empeñada en fugarse, vale más no hablar, y nada decimos del chaleco porque iba de incógnito. Las crenchas en desorden y una barba de ocho días le daban el aspecto de un facineroso. (Parecía que estaba algo copeado).

Sonriente y satisfecho se adelanta a estrechar la mano del Mecenaz. Éste se queda atónito, y haciéndole una señal nada discreta, se lo lleva a un rincón. En voz baja le dice cosas sin duda muy graves.

—No tengo otras prendas—le respondía Coquín—mostrándole unos dientes del color de la levita.



—Pues lo siento infinito, pero con ese traje y en ese estado, es imposible que usted nos acompañe.

Coquín se inclina respetuoso y sonriente, y se dirige muy satisfecho hacia el buffet. Hace buena provisión de sandwiches, dulces, puros, cigarros y fósforos, y pide una copa de champán. El cantinero le dice que “no hay orden todavía”, y él, sin inmutarse, coge el voluminoso paquete, y poniéndoselo bajo el braco, sonriendo siempre, se va triunfante y feliz.

Algunos socios huraños, de esos que rara vez ponen los pies en el Casino y que pagan las cuotas con el mismo gusto con que se arrancarían una muela, también estaban allí, encogidos, deseando pasar inadvertidos, ocupando los últimos sitios.

¿Faltaba alguien?

Sí; algunos: los devotos de Birján.

Malhumorados, éstos se hablan replegado a una de las piezas interiores, y allí, sin dárseles una higa

del trascendental acontecimiento que se verificaba en el gran salón de «nuestro primer centro de cultura», se dedicaban concienzudamente a desvalijarse unos a otros, nerviosos, sañudos, y entonándose con frecuentes libaciones.

Estaban en «el oficio» desde por la mañana, algunos sin almorzar, otros con un fiambre por todo alimento, y casi todos mareados, con dolor de cabeza.

—Oye! Tráeme un cocktail de ostiones y una aspirina—le ordena uno de ellos al criado que dormita arrimado a la puerta.

Ya no circulan billetes: sólo fichas. Cada uno tiene a su lado un pliego de papel y un lápiz. A cada tiro van miles de pesos.

Hay que ver esas caras. Repugnan las de los gananciosos, y las de los que pierden no inspiran lástima, sino asco.

—Bueno, viejito: te advierto que hasta llegar a los



veinte mil, te tiro. De ahí no paso: yo no he venido a comer burro.

Al verlos se creería que son enemigos, pues se tiran a muerte, con la sana intención de dejar en la calle al contrario, sin hogar y sin pan a los hijos; pero no hay tal. Todos son íntimos; se institulan amigos, y la que es mas gorda aún, se creen y se llaman entre ellos «caballeros». (Sus mujeres se visitan y se besan)

Salgamos de aquí. La atmósfera es irrespirable y el corazón se encoge de pena, o se siente gros, como diría el doctor.

En cambio, allá arriba, en el salón de honor triunfa el saber; tiene lugar la apoteosis de la Ciencia, y paga el país una deuda de gratitud.

Sí... No todo está perdido

## XVIII

La ceremonia va a empezar.

Tilín! Tilín! Tilín!!!

Por tres veces sonó autoritaria la campanilla del presidente, y el silencio se hizo.

Ocupaban el centro de la mesa ambos presidentes—el d' onore y el d' effettivitá— el doctor a la derecha de Guijarro. En seguida de éste, por orden, Blandini, Cappelli y de la Peña.

A la izquierda de Guijarro tomó asiento la figurilla inquieta del director de «Nuevos Rumbos», luciendo su artística dentadura, —three hundred dollars, en Frisco—pagados, como es natural, por el pródigo gobierno salvadoreño.

Seguían los doctores Cordero y Cerrato, graves, encogidos y ridículos, creyendo que en aquellos momentos hacían un gran papel y que causaban la envidia de sus colegas.



¿Qué pito, preguntaréis, tocaba en la mesa el gran periodista? Oh! tocaba nada menos que el pito del llamado «cuarto poder», ese lamentable pito que se ha hecho indispensable en los casamientos, banquetes, kermesses, bautizos, bachilleratos y en cuantos festejos se rocían con licores—de las mejores marcas—como escriben esos pobres gacetilleros, «hecha agua la boca».

El Director de «Nuevos Rumbos» era algo indispensable.

Tenía pase franco en todas partes y coupe-file para apartar los estorbos del camino. En la casa presidencial suelen hacer antesala los ministros, pero el gran periodista no las hace nunca. Lo saludan, apartándose respetuosamente, los ayudantes y los criados, los policías, los porteros, los ordenanzas y hasta algunos elevados funcionarios.

Por aquí, el famoso cuarto poder ha venido muy a menos; pero los mismos que lo hicieron trizas veneran sus ruinas. Los que están en el secreto saben que nuestros periódicos no siempre reflejan

la opinión verdadera, y menos que otro alguno el famoso diario del gran periodista, creado precisamente para falsearla, torcer el criterio público y engañarse ellos mismos, pues como esos mentirosos que acaban por creer lo que no es más que el producto de su fantasía, en fuerza de oírse llamar «eminentes estadistas», «sagaces políticos», «háviles financieros» u honrados patriotas por esos reptiles asquerosos que alquilan su pluma haciendo un negocio de la adulación y una profesión del servilismo, nuestros gobernantes se hinchan al leer los ditirambos pagados por ellos mismos con el dinero de los contribuyentes, y acaban por creer que son honrados y patriotas, aun cuando tengan las manos untadas del último robo, o manchadas con el lodo que a diario arrojan sobre su patria.

¡Los muy canallas! ¡Y cómo se dejan explotar a su vez!

Verdad es que ellos nunca pagan de su bolsillo. Para eso está la nación, su finca; y la «Tesorería General del Ejército y Hacienda», como se llamaba en aquellos tiempos.





Pero no es mi intención haceros llorar, sino lo contrario, y así,

«Vuelvo a tomar el hilo de mi cuento»

Don Manuel Guijarro se pone de pie, majestuoso como nunca.

No pierde el aplomo, pero palidece. Apoyadas ambas manos en la mesa, pasea su mirada triunfal, mirada de águila, de un extremo a otro de la sala. La calva le espejea: son destellos de luz... “He aquí mi obra”, parece decir.

Y rompe a hablar.

Con voz firme, un tanto campanuda, y haciendo discretos calderones, dice así:

«¡Ilustre doctor Gonorreitigorrea!

Bellas y amables damas:

Distinguidos caballeros:

«Estimo como el honor culminante de mi vida el dirigiros la palabra en ocasión tan solemne; en este momento trascendentalísimo en los anales de la Patria y de la Ciencia.

No os extrañe el verme conmovido... Es que conozco la escasez de mis fuerzas ante la obra que se me ha encomendado. Sólo un Castelar pudiera deciros, con galanura digna del suceso, toda la belleza, toda la importancia del acto que ahora celebramos, al que dais lucimiento con vuestra presencia...

Falto de elocuencia, pobre de imaginación, pero rico en deseos y buena voluntad, pido de antemano vuestro perdón, y os digo, oídme!»

Satisfecho de lo que él creía maravilloso exordio, se restriega las manos, pasea lentamente su mirada por el absorto auditorio, y luego de tomar aliento, rebosando satisfacción, prosigue con nuevos bríos de esta manera:



«Es satisfactorio en grado altísimo; es sumamente laudable y lisonjero; el alma se eleva contemplando—afirmando, mejor dicho— que no estamos, no, divorciados del ideal, cuando vemos reunidas aquí tantas personas eminentes, tantos varones ilustres, cuanto de conspícuo existe entre los representativos de la banca y del comercio, del trabajo honrado y fecundo, de esa palanca poderosa, fuerza motriz del humano progreso: el capital! ¡Sursum corda! ¡Fuera pesimismo generadores de la desconfianza y la anarquía..!

«Digo que es altamente consolador ver que todo lo que pesa, todo lo que cuenta y lo que vale en nuestra sociedad, se ofrece, se brinda, se presta a coadyuvar, a secundar, a....»

—Eso es copiado del discurso que Pérez Galdós pone en boca del señor de Pez, en la novela “El amigo Manso”—le dijo a un vecino el intelectual que ya conocemos.

—Chist—hizo el otro, llevándose un dedo a los labios.

Algunas miradas furibundas les impusieron silencio.

Guijarro, entusiasmado, seguía machacando frases y lugares comunes sobre el pesado yunque de la más formidable estulticie.

Bostezos mal disimulados estallaron aquí y allá.

—Qué tapayagua!—exclamó en voz baja una señora.

El rítmico movimiento de los abanicos se tornaba rápido, casi furioso, como en són de protesta. Pero el entusiasmo de don Manuel crecía por momentos.

Apoyada la siniestra en el borde de la mesa, con la diestra describía grandes círculos... Aplastaba el mal, levantaba la virtud o hacía saltar el tintero de un tremendo puñetazo<sup>5</sup>.

---

<sup>5</sup> *Sospecho que Don Benito escribió algo muy parecido, o... Quizás lo mismo.*



Así trataría él a los réprobos, a los envidiosos de la gloria ajena, a los ignorantes que quieren detener la marcha del carro del progreso; a los ciegos voluntarios, esos desgraciados que no pueden o no quieren gozar de los destellos que irradian del saber y de la ciencia...

Su voz se torna estentórea.

Habla ahora de las mujeres de la Biblia. Raquel, Judith, Ruth, Rebecca y Esther, princesa de Israel...

Sobre esta última se extiende un poco más, porque allá en París, amablemente invitado por sus corresponsales, tuvo la suerte de ver representar en el Odeón la hermosísima tragedia de Racine. (No había entendido gran cosa, pero le explicaron lo suficiente).

Peñita, impaciente, consultaba con frecuencia su cronómetro.

Por fin se vislumbró el final.

Cou los brazos en cruz, puestas la mente y la mirada en el infinito, nuestro gran Guijarro lanzó sobre el auditorio intrincadísimos conceptos, a través de los cuales se veía a la Ciencia y a la Caridad cogidas de la mano, guiadas por un nuevo Colón—el doctor seguramente—hacer no sé cuantas piruetas y maravillosas proezas.

Con una majestuosa reverencia y un He dicho”, seco como un tiro, puso fin a

«Aquella fenomenal peroración,  
digna de Marco Tulio Cicerón».

Aplausos atronadores... Suspiros de satisfacción.  
El doctor se levantó, y cogiendo a don Manuel de las dos manos, se las sacudió con efusión.

El director de «Nuevos Rumbos» se le echó encima después, y con sus manecitas de damisela le daba palmadas en la espalda diciéndole: «Muy bien, viejo; muy bien».

Blandini, a su turno, le abrazó, pero con elegancia.



Cappelli le estrujó de tal modo que no parecía sino que le buscaba la cartera.

Cerrato y Cordero, siempre tímidos, le alargaron cuatro dedos tiesos.

Peñita, blandiendo los quevedos en la derecha, ondulando al aire las cintas de seda, le hace una señal al Músico Mayor, y la diana, la clásica diana del quince de septiembre, de las distribuciones de premios y de la «Corona de excelencia»; la diana de las veladas infinitas, de las Carreras de cintas y de los Juegos Florales; de los nombramientos de capitanas y de cuántos actos públicos creó Dios—tal vez para su gloria—se dejó oír alegre, riente, retozona, interminable.

## XIX

—Sí—insistía el joven intelectual:—le juro a usted que ese discurso es un plagio vil...

—Está usted en un error—respondía el otro.

—Le apuesto lo que quiera.

—Yo no Hago apuestas: óigame. Nuestro gran don Manuel no puede haber plagiado a nadie, por la sencillísima razón de que no lee. No creo que sepa quién es Pérez Galdós. Ya sabe usted que él detesta lo español, sobre to- todo a los escritores, y sólo hizo una excepción en favor de los Padres Mazo y Coloma, de Fray Luis de León y de Fray Gerundio. Por cierto que con éste se llevó un chasco, pues cuando leyó sus viajes creía que se trataba de un fraile. A su señora la obsequió un día de su santo con “La perfecta casada”, obra famosa del de León.

De Historia ha leído un poco, pero de literatura, ni ésto.





De francés cree saber bastante.

En cuanto al inglés, él mismo confiesa que no pasa de aquello de sombrero y botas.

Conque, mi querido amigo, don Manuel dijo lo que hemos oído, porque así pensaron y piensan todos los peces que hubo y hay en el mundo.

Con imperiosos siseos les obligaron a callar. El doctor Gonorreitigorrea se había puesto de pie: iba a hablar.

Silencio angustioso...

A una de sus clientes, una pobre niña histérica e innamorata, se le escapó un jay! de esos que llegan al corazón, según Espronceda. Cien pares de ojos buscan implacables a la infeliz que intenta sofocar con el pañuelo otro jay!, arrancado por un feroz pellizco de la autora de sus días.

Don Manuel echa lumbre por los ojos.

El doctor sonríe benévolo y empieza su discurso ...  
¿Cómo expresar su gratitud a este pueblo noble y generoso? ¿Cómo corresponder a las infinitas e inmerecidas muestras de simpatía y de afecto? ¿Cómo? ¡Cantando las virtudes de la mujer salvadoreña! ¡Y con qué maestría sabe hacerlo! Las erres veladas, las vocales estiradas, dan mayor encanto a su oración.

Lágrimas abundantes comprometen los colores de la femenil concurrencia... ¡Y cuánto suspiro!

Los abanicos, desfallecidos, no dan señales de vida...

A la pobre señorita del ay intempestivo la sacan desmayada de la sala. La madre va echando venablos ... ¡Pobre niña!

El ilustre sabio tenía hechizado al auditorio. ¿También orador?

Don Manuel buscaba con la vista el grupo de doctorcitos de París, como para decirles



«chúpanse esa». El hombre estaba radiante.  
Oigamos al doctor.

«Cornelia, la madre de los Gracos, debió de ser salvadoreña. ¿Y quién sabe?

Doña María Pacheco acaso también fuera guanaca.

¿Y por qué no?

Si él hubiera podido escoger la nacionalidad de su madre—de la polaquita aquella, aficionada al kummel y a los gigantes rusos—habría pedido que fuera nacida en la heroica Cuscatlán, en la sin par y poética patria de Atlacatl...

Y... ¡bomba final!

«Si mañana su azarosa vida de esclavo de la ciencia le permitiera pensar en un porvenir risueño, querría, ¡sí!, escoger en esta tierra a la dignísima madre de sus hijos...!!

Aquello fué el disloque. Las señoras, de pie, aplaudían frenética, furiosamente.

Las señoritas lloraban todas y agitaban sus húmedos pañuelos.

Los hombres gritaban «bravo» hasta enronquecer, y no faltaron los indispensableo silbidos, inequívoca y bárbara muestra del entusiasmo popular, aun entre las clases elevadas.

La diana estalló esta vez expontánea, sublime...

Guijarro había cogido al doctor entre sus brazos, y lo zarandeaba dándole porrazos en la espalda, como si el hombre estuviera atragantado.



## XX

El presidente logró restablecer el orden fuerza de campanillazos. En medio del mayor silencio y de la curiosidad general, don Manuel cogió de sobre la mesa una cajita de peluche de color rojo; la abrió parsimonioso, sacó de dentro algo reluciente, lo mostró al público con aire de triunfo, y encarándose con el doctor, dijo así: «El mérito se impone, pese a la envidia! (Y miró al grupo de doctorcitos de París).

“Ilustre doctor Gonorreitigorrea!

La sociedad salvadoreña, la mujer salvadoreña especialmente, tienen con vos una inconmensurable deuda de gratitud.

¡Aunque pequeños, somos nobles!

No pretendemos pagaros: fuera un absurdo! No deseamos, no, recompensaros: sería vano empeño! No. ¡Sólo queremos mostrarnos agradecidos, como hidalgos que somos.

Sabio ilustrísimo! ¡Genio bienhechor de la más

bella mitad de nuestra especie: la sociedad salvadoreña os rinde hoy pleito homenaje!

Cábeme la honra de ser en tan solemnes momentos su indigno portavoz.

Permitid que coloque sobre vuestro pecho esta medalla, que si no tiene valor intrínseco, simboliza en cambio el reconocimiento de un pueblo!”

El ilustre sabio quería decir algo, pero no le dieron tiempo.

¿Quién había dado la señal?

Gritos, desmayos, ovación delirante.

Las sillas y bancos caían con estruendo...

«Aquello fué tan espontáneo como hermoso». (Ésta frase es del cronista de «Nuevos Rumbos»).

La mesa se vió asaltada por grupos de señoras y señoritas que se estrujaban afanosas por no ser las



últimas en felicitar al héroe de la jornada, pues indudablemente el doctor se merece este título.

Un cuarto de hora duró aquella locura; un cuarto de hora hacía que la diana atronaba los aires...

Florentino, el célebre pacho Florentino, sudaba a chorros dándole al parche.

Otros músicos tenían los ojos saltados, y todos estaban a punto de reventar.

Un destemplado pero enérgico “Señores!” resonó en la sala como un latigazo, volviendo aquellos locos a la realidad.

Peñita, encaramado en una silla, calados los áureos quevedos, empuñaba en la diestra un voluminoso fajo de cuartillas, y con la otra mano se mesaba los cabellos. Era su turno: el discurso de clausura.

—Señores!!—gritó de nuevo, en tono más alto, visiblemente irritado, y poniéndose más feo que de

costumbre.

Alguien le cantó qui—qui—ri—quí!

¡Qué falta de cultura, Dios mío! ¡Y qué irreverencia!

Al tercer “señores” que lanzó lívido y desgañitándose, como si hubiera sido la señal convenida, la Banda preludió “Cuando el amor muere”, y aquello fué el acabóse.

Dos o tres parejas de enamorados se lanzaron a bailar...

Peñita, hosco, trémulo, arrojó contra el suelo los papeles, y bajándose de un salto, se dirigió como un rayo hacia donde estaba el Músico mayor.

—¿Quién le ha ordenado tocar?—balbuceó.

—Fuera! Fuera!—gritaron mil voces. Uno le hizo “coyote”.





Peñita, cruzado de brazos, dio media vuelta muy despacio, como en s6n de desafio, y haciendo una mueca de desd6n, se encamin6 lentamente a la cantina...

—Est6pidos—mascullaba indignado—¡No escuchar su discurso! ¡Y qu6 pieza oratoria!

«La Medicina a trav6s de los siglos...»

Entretanto, la juventud danzaba...

Don Manuel hizo la se6al convenida con el mayordomo, y los taponazos del champaa convirtieron en entusiasmo el general regocijo. Los criados circulaban con dificultad por entre el gentío, llevando grandes bandejas cargadas de copas tentadoras.

El mayordomo en persona servía al grupo m6s importante. El doctor, con don Manuel, Blandini, y el gran periodista, rodeaban a las damas principales—en su mayor parte extranjeras—. Hablaban unas en franc6s otras en ingl6s, algunas

en alemán, y ninguna en español.

El doctor repartía el peligroso néctar.

—Chére madame... Mistress Threefeet, please... Frau Ingerhallen... Don Manuel, en estas ocasiones, no dejaba de enfurruñarse un poco, por aquello de no hablar más que nuestro cochino idioma; pero procuraba sonreír y era el que más alto levantaba su copa.

La envidia hacía estragos cerca de allí en los grupos femeninos, de los cuales partían miradas incendiarias.

Algunas niñas, al pasar en brazos de sus novios, lanzaban hondos suspiros, y las más audaces le hacían guiños al doctor.

Entonces él, galante siempre, pidió permiso a las señoras gringas para ir a saludar a las amigas criollas... ! «a las que no hablan más lenguaje que el del corazón». Con estas lisonjas las trastornaba el muy pillín.



Don Manuel, después de hacer una reverencia, se encaminó a la cantina a dar algunas órdenes.

El director de «Nuevos Rumbos» se fué en pos de él: iba en busca del Secretario de «Ciencia y Arte», con quien tenía que hablar y... beber.

## XXI

Jack también andaba por ahí luciendo la librea de las grandes solemnidades, y cosechando su parte en las ovaciones y obsequios. Algunos pollos bien le regalaron con habanos y bebieron con él.

El doctor departía con las damas haciendo derroche de urbanidad y cortesía, pero se negó a bailar pretextando no poder hacerlo a causa de la gota. La verdad era otra. ¿Cómo iba danzar sin provocar un conflicto. Había contraído compromiso con diez o doce damiselas para bailar el «primer valse», y la solución estaba indicada: fingirse indispuesto.

Pasada la media noche, cuando la concurrencia femenina desapareció por haberse retirado la Banda «de Orden Superior», el doctor tomó asiento en una mesa, rodeado de una docena de admiradores del sexo feo, calamocanos ya.

Esbozó allí algunos bellísimos proyectos, los cuales pensaba llevar a cabo, a su regreso de



Panamá, con la ayuda de sus generosos amigos.

Hacía mucha falta una Casa de Salud montada a la moderna, lo mismo una Clínica de Maternidad, con escuela anexa de enfermeras, pero sobre todo urgía la fundación d' une crèche.

Al oír esta palabra, uno de los del corro, joven tan ignorante como curioso, se levantó y fue a preguntarle a Cappelli lo que aquello significaba. Este le contestó que crèche en francés, significa pesebre. El joven imprudente llegó con el cuento al grupo donde estaba, borracho ya, el celoso de marras, nada menos que el que había llamado proxeneta a don Manuel, y no hizo falta más.

—Sí—gritaba aquél: —¡tiene razón ese farsante! ¡Pesebres hacen falta aquí! Muchos pesebres, puesto que somos una, partida de animales, de verdaderos asnos, que recibimos con las puertas de par en par y hasta con palio a cuanto aventurero viene a tomarnos el pelo y a sacarnos el pisto. ¡Muera ese hijo de...!

No le dejaron concluir. Le taparon la boca, mientras otros forcejeaban para que no se lanzara contra el doctor.

Éste, completamente sereno, sonreía. En cambio don Manuel, intensamente pálido, hablaba con unos y con otros, logrando al fin, que se llevaran a aquel energúmeno, cuya falta de educación e intemperancia manifiesta desdecían de nuestra cultura.

Jack se acercó a su amo haciendo cómicos movimientos de boxeador: como para protegerlo. Ante un gesto autoritario del doctor, el negro se retiró, caminando hacia atrás y haciendo zalemas, entre los aplausos de algunos concurrentes.

Don Manuel pidió champaña, y el doctor, como si nada hubiera ocurrido, continuó explanando sus proyectos.

Él conseguiría que el Instituto Rockefeller extendiera hasta estos rincones sus servicios humanitarios, pero era preciso que supiéramos



corresponder.

No era propio que una capital como la nuestra, la metrópoli de un país rico, próspero trabajador y progresista, continuara en tan malas condiciones higiénicas, y sin confort cosas ambas que «no aman los turistas». fiebre amarilla no tenía ya razón de ser, y era preciso acabar para siempre con esa vergüenza, como se hizo ya en la Habana, antiguo foco del terrible flagelo.

Urgía también que pensáramos, pero de una manera seria, en el saneamiento de nuestra simpática urbe.

—El día que ustedes tengan una buena red de cloacas, agua en abundancia y pavimentadas las calles, aquí no se va a morir nadie, a no ser de viejo o..., a palos. Esto lo decía bajando la voz, y sonriendo con picardía.

Era mucho hombre el doctor... ¿Cómo no brindar por él?

## XXII

Pero ¿qué ha sido de Peñita y del gran periodista?  
¿Dónde están?

En un cuartito contiguo a la cantina, celebran  
interesantísima conferencia.

Oigámosles, aunque nos duela: la verdad histórica  
se impone.

Después de echarse un par de tragos junto al  
mostrador, y de rechazar desdeñosamente los  
vales, sin firmarlos, los dos paisanos se instalaron  
en el cuartucho del administrador, y pidieron una  
botella de champaña por cuenta de don Manuel.

—¿Qué te parece?—preguntó el periodista,  
señalando con un movimiento de cabeza hacia el  
salón.

—Todo soberanamente estúpido—respondió  
Peñita.





—¿ Ha....has visto en tu vida idiotas como éstos?

—Ni en la Hotentocia, chico. No sé cómo no te has imbecilizado en quince años de respirar esta atmósfera.

—Estoy inmunizado. Además, ya sabes: me meto poco con ellos. Sólo les hablo para sacarles algo. En ninguna parte he visto imbéciles más manirroto ni tan susceptibles a la adulación.

—¡A quién se lo cuentas...! Ya ves, mi artículo «Ayer y hoy», me ha valido un consulado.

—Pe....pero ¿es cierto que te vas?

—Como lo oyes.

—¡Qué suerte la tuya! Eso vale la pena de celebrarlo.

—Sí; pero yo obsequio. (Ríen). ¡Ve, muchacho! Trae otra botella de champán. (Se beben el resto de la primera).

—La verdad-prosigue Penita-esto es Jauja, viejo. Si no fuera porque quiero conocer París,—la ilusión de mi vida—y probar una combina en Monte-Carlo, no me sacarían de aquí ni a tiros.

—En cambio... te echaron de la tierra.

—Pero no a balazos, como a ellos.

Aquello fué divertidísimo... Yo lo presencié. ¡Ja, ja...!

El periodista muestra toda la porcelana de su dentadura (trescientos dollars, en Frisco). y empina diciendo: ¡salud!

—A la tienne...!

—¡Qué bueno es este champán! ¿Vivirá todavía—la famosa viuda?

—Que viva mil años! ¿Vivan todas las viudas, desde Kadijah, la ilustre protectora de Mahoma, hasta Madame veove Clipcuot, pasando por la



¡“Viuda Alegre”! Y si la de Reims ha muerto, la resucitaremos con el auxilio del gran don Manuel.

—¿Has conocido babieca igual a ese pobre hombre?

—Yo no

—Yo sí: aquí los hay a montones. Y te advierto que todos son hechura mía...

—¿Obra tuya?

—¡Pues claro! A todos esos figurones que has conocido y andan rebuznando por ahí, yo los he hecho gente en mi diario, a fuerza de bombo. Médicos eminentes, ilustres abogados, generales estadistas, financieros hábiles, sagaces políticos, etc, etc “se han criado a mis pechos” y me lo deben todo.

—No deben de estar muy boyantes...

—No te burles: es la pura verdad. Escritores,

músicos, poetas, todos fueron consagrados por mí. Por cierto que en este terreno les he tomado el pelo de lo lindo... He hecho unos poetas... para morir de risa... Me buscan para todo... Mensajes, manifiestos, discursos, ¡hasta cartas de amor!, todo se los hago yo... (A petición se entiende). Pues... ¿y la aristocracia? Ya la hice, viejo. Cada vez que escribo «Boda aristocrática» o «Aristocrática fiesta», me cuesta no soltar el trapo je... je...!

—Hombre, dispensa la franqueza; pero no creo que tu proceder sea muy correcto...

—Yo juzgo mis acciones por los resultados. Tengo lo que quiero; ninguna puerta se me cierra, y pienso educar a mis hijos en el extranjero por cuenta de estos zopencos, a quienes sólo les falta la albarda... No hago más que dejarme querer... Tienen dinero. ¿Dónde está el mal? Lo queme dan, me lo deben. Mi conciencia no me acusa...

—Te la envidio, chico: eres admirable. Pero te aconsejo, que seas más prudente, y que estas confidencias no se las hagas a nadie...



—Las he hecho a gritos, con tragos y no me creen...,

—Entonces, viejo, se lo merecen todo: ¡salud!

—Salud! Y aquél ¿cómo está?

—Allá vegetando, siempre con su tema de la reconstrucción de la «patria grande». Y a propósito; ¿recibiste su libro? Me dijo que te lo había mandado.

—«¿La enfermedad de Centroamérica?» Sí, lo recibí, y creo que dije algo. Esas son pasadas: lirismo puro. Pierde su tiempo lastimosamente.

—Chico, los ideales...

—Pamplinas! Música...! No hay más ideal posible que «The all mighty dollarr». Creeme: ante ese poder hemos de sucumbir... Es nuestro destino.

—Amén. Pero yo estoy socado, viejo. Bebamos la última, y al camino. ¡Salud! Siento como que voy

a hacer zope.

—Eso ya no se usa. A mí sólo me da hipo... Ve, muchacho, que pidan un coche... hip!

Con dificultad les pusieron de pie, y salieron tambaleándose al salón. De la mesa del doctor les saludaron con una salva de aplausos.

Se habían quedado con él cuatro o cinco de los elefantes, o sea bebedores fuertes, de esos que nunca «clavan pico».

Al ver tan lastimoso cuadro, el doctor hizo algunas observaciones acerca de los males sin cuento que acarrea el abuso de la bebida.

—¿Sabe, doctor, cuánto nos bebimos aquí el año pasado?—dijo orgulloso un joven candidato a «elefante»—¡VEINTE MIL PESOS!

—¡No, par exemplel—exclamó el doctor, fingiendo asombro.



—Y... entre cuatro—añadió Blandini, sotto voce, sonriendo y examinándose las uñas.

Todos celebraron la ocurrencia, pero se calificó de exagerada la afirmación del arquitecto. La verdad es que los veinte mil pesos se los habían bebido entre unos veinte socios.

No... ¡hay que exagerar...!

Cuando regresó el coche de dejar a los dos paisas, el doctor se levantó para retirarse.

Los mas entusiastas, que eran precisamente los más bolos, querían llevarlo en hombros, pero como apenas podían tenerse en pie, renunció prudente a tan alto honor, y se metió con don Manuel en el cuchumbo presidencial.

Jack, con una papalina fenomenal, imitando a su paisano Jimmy, el negro limpiabotas, cogió por el pescuezo a dos policías que había a la puerta, poniéndolos patas arriba.

Estos se levantaron riendo, más bien satisfechos que enojados, sin que se les pasara por el magín la idea de arrestarlo, que tál era entonces el prestigio del uniforme. (Me refiero a la lujosa librea del negro).

Dando traspiés y grandes porrazos contra las paredes, llegó por fin a casa de su amo, cuando ya amanecía...

Las notas de la marsellesa llegaron a su oído, en alas de la brisa.

—¿What is that?—le preguntó Jack imperativo al policía de la esquina, señalando hacia donde se oía la música.

—Es el General, que anda mamadito y tiene la Banda en el Hotel de la esquina. Él la mandó traer del Casino—respondió el otro saludando.

—All right—dijo Jack- y soltó una carcajada formidable.





Saludó a su vez militarmente, y cantando «marchons! marchons!, Go to the bed», se dejó ir de cabeza en la oscuridad del zaguán.

## XXIII

Durante una semana no se habló en San Salvador de otra cosa. Todas las conversaciones giraban al rededor de la inauguración de «Ciencia y Arte», acto que revistió los caracteres de un apoteosis, comentándose de mil maneras todo lo ocurrido.

La oposición ganaba terreno, sin embargo. ¿Por qué? Averígüelo Vargas. La psiquis popular es así.... La gente empezó a cansarse de la elegancia del doctor, de la discreción del doctor, de la hermosura del doctor, y en fin, que se aburría de la popularidad del doctor.

La invariable suerte que le acompañaba al juego daba también mucho qué hablar. Decían unos que era socio de un tal Hurtado, sudamericano vendedor de anteojos isométricos, con quien se repartía amigablemente las ganancias. Aseguraban otros que el negro, que siempre acompañaba a su amo cuando éste jugaba poker, fingiendo caerse del sueño le hacía indicaciones con sus cabezadas; y



alguno, más malicioso o lenguaraz, juraba que había visto a Jack haciendo telégrafos con los botones de su chaquetín, ni más ni menos que el criado de Guzmán de Alfarache.

¿Cómo explicarse, sino, que el Doctor, con una poca de Cúes, sólo hubiera pagado por ver, al primer envite de otro que tenía flor en escalerilla? Hum...!

Nada; que la estrella del doctor se eclipsaba y sus enemigos, cada vez más numerosos, aprovechaban lo del viaje a Panamá para acabar de desacreditarlo.

Don Manuel estaba molestísimo. Por no tener disgustos iba muy poco al Casino; pero él no dudaba.

¡Qué noche aquella! No podía olvidar el sonadísimo triunfo, en el cual había tomado tanta parte.

—Qué exitazo! —decía restregándose las manos —¡lástima de viaje! Porque el doctor se nos iba por

el próximo vapor.

Vino a agravar su mal humor una inoportuna confidencia de Carmencita; lo iba a hacer padre... ¡Por fin!

Si lo hubieran puesto a escoger, quizás habría preferido una pedrada en el ojo, a fuer de buen boticario.

“Bien vengas, mal, si vienes solo”,—murmuró filosóficamente.

Cuando le habló al doctor de este asunto, el sabio lo felicitó de la manera más efusiva.

—Me lo temía—le dijo, dándole palmaditas en la barriga.

—¿Por qué, doctor?

—Recordará usted que cuando le hicimos los masajes de la próstata, le dije que lo habíamos rejuvenecido de veinte años, y le recomendé que hiciera atención. Voilá ...Cay-est!



Don Manuel suspiró, y no dijo más que “Sea lo que Dios quiera”.

Sin ofender a Carmencita, creemos que nuestro prócer no las tenía todas consigo.

El doctor se embarcaba pronto, en compañía de Peñita. Éste, nombrado cónsul del Salvador en Génova, había conseguido que le adelantaran dos años de sueldo, para descontar un peso diario, y se marchaba con el sabio ilustre.

Pocos días antes de embarcarse, el doctor celebró una interesante conferencia con don Manuel, y le pidió un consejo.

¿Cobraría a sus clientes, antes de irse, una parte de sus honorarios, o lo haría mejor hasta su regreso, una vez hechas las operaciones?

La preguntita tenía sus bemoles...

Don Manuel frunció el ceño, cambió de postura, se cruzó de brazos, y miró al suelo.

Después se cogió el labio inferior entre el índice y el pulgar de la derecha, y miró al techo en demanda de una luz. Hombre de conciencia, y delicado, creyó leer en el cielo raso que NO era conveniente que el doctor les pidiera dinero a sus clientes. No: no estaría bien... Además, para eso estaba él.

—¿Necesita usted dinero, doctor?

—Pché...: poca cosa.

—Pues bien; yo opino que hasta su regreso no debe usted cobrar nada. Y conozco a mi gente. Lo que usted necesite, se lo adelantaré con gusto. ¿Es mucho?

—Unos cinco mil dólares, á peu près.

Don Manuel palideció; el corazón le dio un brinco, y sintió una sensación horrible en los alrededores del ombligo...

—Los tendrá usted ahora mismo—dijo con voz cavernosa.



—Merci... gracias. Je suis bien touché, croyez moi...

Don. Manuel no oía ya, ni creía nada. Sin decir palabra se caló les anteojos,

“que rarísima vez los ocupaba,  
pues sólo para leer los empleaba”.

Cogió la pluma, la limpió cuidadosamente, la mojó en el tintero, hizo una pequeña operación de aritmética en el margen de un periódico, sacó de una de las gavetas el libro de cheques, y, con pulso sosegado y letra muy hermosa, firmó uno por valor de trece mil doscientos pesos. Le pasó el secante, guardó las gafas en su estuche, y sin doblar el papelito, se lo alargó al doctor con gesto olímpico.

Éste lo tomó con gentil desenvoltura, lo dobló en cuatro sin mirarlo—¡no faltaría más! —se lo metió displicente en un bolsillo del chaleco, y le soltó un thank you capaz de pagar una suma diez veces mayor.

Cogió el bastón y el sombrero con la izquierda, dióle a su protector con la derecha un formidable shake hands, y después de un amabilísimo au revoir acompañado de graciosa reverencia, se retiró más arrogante que nunca.

Don Manuel permaneció inmóvil unos minutos. Lanzó luego una mirada al teléfono, y hasta se diría que había hecho un pequeño movimiento. Pero no: don Manuel no era de esos....

Cerca de media hora estuvo clavado en el sillón, con la mirada fija en el suelo. ¿Qué le dirían los ladrillos? A veces nos dicen unas cosas... ¿Le recordaría acaso que años atrás había firmado otro cheque gordo, para pagar una letra comprada al Padre Durán?

Se encogió de hombros, golpeó los brazos de la silla giratoria, y se puso a despachar su correo.

Aunque sus negocios no eran muchos, su correspondencia solía ser voluminosa. Jamás dejaba de contestar una carta, aunque se tratara de





simples sablazos.

Por contestar respondía hasta las circulares comerciales.

«Muy señores míos: he tomado buena nota de que mi distinguido amigo, el Sr. Don Fulano de Tal, ha entrado a tomar parte de esa honorable y prestigiada firma, etc.

O bien: «Con sumo interés he estudiado los prospectos de sus desnatadoras, y aunque por ahora no me dedico a la ganadería; he tomado varias notas y datos para comunicárselos a algunos amigos lecheros, a quienes de seguro han de interesar....»

A la casa Brown-Squard se dirigía a menudo pidiendo muestras de los últimos productos anunciados, por encargo de algunos amigos, y recomendaba que le tuvieran al corriente de las novedades.

Durante muchos años don Manuel escribió sus cartas de su puno y letra, negando la eficacia de la maquina de escribir; pero desde el día en que vió que sus sobrinos habían introducido esa mejora en la farmacia, y sobre todo que la dactilógrafa era fresca y bonita, dispuso entrar él también. Al efecto compró una máquina, y una vez a la semana iba la pizpireta mecanógrafa a su despacho, y encerrados un par de horas, él dictaba leyendo los borradores, intercalando piropos y ofrecimientos.

Le aseguraba que no había peligro alguno, y que sus caricias serían paternales y completamente inocentes.

La muchacha, inocentemente sin duda, le preguntaba por qué motivo no se volvía a casar

—Sería una locura-contestaba él. ¿De qué sirve un matrimonio sin hijos? Y tenerlos a mi edad sería muy triste...

Aquel día infausto le interrumpió en su tarea una voz que dijo detrás de la puerta:



—Ya está el almuerzo.

El pobre, esta vez, apenas probó bocado.

## XXIV

En estas y en otras la salud de don Manuel decaía a ojos vistas. Aquella noche apenas durmió, y su estómago le anunció días penosos. La condenada dilatación...!

Antes de recibir el sablazo, había pensado despedir al doctor con una cena íntima en su propia casa; pero después del suceso sentía ciertos escrúpulos, consecuencia natural de Una inquietud que no podía dominar.

¡Qué crueles son las noches de insomnio!

El optimismo más tenaz huye o se desvanece.

En la eterna discusión entre los dos yos, el yo Sancho vence al yo Quijote, con harto sentimiento de los que aún conservamos algunos restos de decencia.

¡Qué duro es convencernos de nuestra tontería o impotencia! ¡Con qué amargura escuchamos la voz



socarrona del Sancho que nos dice a secas: «eres un perfecto majadero»!

Los que no podemos aceptar sus ruines ideas, devenimos escépticos primero, para concluir en míseros pesimistas a lo último.

Sólo así puede explicarse que tantos hombres sanos busquen la soledad del claustro, el encierro entre cuatro paredes. Sí. No todos tenemos fuerzas o filosofía para luchar con las canalla entronizada, ni para soportar la horrible convivencia o el diario comercio con cretinos o insoportables vanidosos.

¡Triste lucidez la que nos proporciona el develo!  
El pobre don Manuel vislumbraba muchos desengaños, el ridículo quizás...

Aunque tarde, decidió recoger velas.

—No hay comida, ni viaje a Acajutla- resolvió aquella noche.

Sin embargo, no ir siquiera a la estación le pareció impropio, y una mañanita triste, desapacible y lluviosa, don Manuel despidió al doctor Gonorreitigorrea y a su secretario Peñita en la indecente barraca que llamamos «Estación de Occidente», la que está situada precisamente al oriente de la ciudad.

Nuestro pobre paisano hablaba poco. La sempiterna sonrisa del negro le hacía un daño horrible.

—Veamonóos,...! —gritó por fin el conductor de los dientes de oro.

Ultimos efusivos apretones, un semi-abrazo y un postrero “hasta muy pronto” que a Guijarro le pareció mefistofelica carcajada, y le supo a rejalgar.

El doctor, de pié en la plataforma, saludaba con el sombrero y miraba a todas partes.

¿Buscaba algo?



Sí...

En el paso a nivel de «Los Encuentros» esperaba una mujer. Joven, esbelta, bella y muy pálida, con grandes ojeras, tocada con una mantilla negra.

Al aparecer el tren palideció más, y se llevó una mano al corazón.

Era la «tísica indesente», la misma del ay inoportuno.

Ella agitó su pañuelo, pero en seguida se lo llevó a los ojos y se dejó caer sollozando sobre la grama...

El doctor, vraiment touché cette fois, le envió con ambas manos un beso apasionado...

Oh..! Tristes víctimas del Amor que pasa...: benditas seáis...!

## XXV

No hay como los males del estómago para predisponernos a la melancolía y hacernos ver las cosas de color negro.

Encogido en un rincón del coche, profundamente ensimismado, don Manuel regresó a su casa. Su semejanza con el director de «El Siglo XX» era asombrosa.

Cuando se apeaba, un transeúnte, le dijo confundiéndole: «buenos días, don Abraham».

Esto acabó de ponerlo de mal humor.

Le advirtió al criado que no estaba para nadie. Entró al escritorio, y quitó la cuña del teléfono.

—Puede retirarse, señorita—le dijo con sequedad a la dactilógrafa—hoy no despacho.





La interpelada dejó el periódico que tenía en la mano; recogió el tapado y la bolsa, y salió como una reina ofendida, dando un portazo tremendo.

Don Manuel se puso más hosco. Sin quitarse el sombrero se dejó caer sobre el sillón; sacó de una gaveta el régimen impreso que el Doctor Combes, allá en Lausana, había arreglado expresamente para él. Su mal humor creció de punto al leer aquella larga lista de riquísimos pescados que le era permitido comer! ¡Y pensar que aquí no se consigue más que bagre raleado! ¡Qué país, Señor!

Seguramente tendría que ir de nuevo a Suiza.

—En cuanto regrese el doctor y me pague, me marcho—murmuraba.

Estaba decidido. Pero siempre que pensaba en ese pago, sin venir a cuento recordaba la maldita risa de Jack, y sentía una pelota de hielo en el interior de la barriga.

¿Por qué extraña asociación de ideas se acordaba de Carmen, cada vez que pensaba en el negro?

¡Vaya usted a saber!

El caso es que no había vuelto a poner los pies en casa de su querida desde el día que ella le reveló el “feliz acontecimiento”.

Al segundo requerimiento amoroso contestó que no podía ir; pero que en la botica tenían orden de darle veinte pesos semanales. ¿Qué podía hacer la pobre? Conformarse, y esperar...

—Todo depende de la pinta—decía don Manuel.

El insomnio lo había vuelto escéptico.

No obstante, deseaba ardientemente y hubiera dado cualquier cosa porque la pinta le ahorrara una espantosa desilusión.



## XXVI

Don Manuel no iba a ninguna parte, y hacía muy bien.

—Me imagino las atrocidades que dirán esos bandidos del Casino—mascullaba en triste soliloquio.

No; no se las imaginaba. A voz en grito se contaban horrores.

El doctor fué declarado “aventurero vulgar” y no hubo quien se atreviera a defenderlo. Los pocos devotos que aún creían en él, callaban prudentemente al verse en tan insignificante minoría.

En los primeros días menudearon las apuestas, pero dos semanas más tarde, los que apostaban a que no volvería, ofrecían cinco contra uno, y no hallaban contrincantes.

Y empezaron a circular anécdotas; unas

escabrosas, otras cómicas, pero ninguna edificante.

Decíase que el doctor se había largado debiendo fuertes cantidades en las tiendas, principalmente en dos joyerías, donde nunca pagó y el importe de los muchos regalitos que hizo, y que los joyeros reclamaban su devolución a las agraciadas.

Se aseguraba que el encierro de Fulanita, la fuga de Zutanita para su finca del volcán, obedecían a causas «netamente tocológicas».

Susurrábase que el doctor Mengáñez, figura saliente del Foro, había intentado suicidarse a causa de la inesperada bendición celeste caída sobre su casa sin ninguna intervención de su parte, y que ya había presentado la demanda de divorcio.

Circuló, por último, la especie de que el doctor había cobrado cuentas exorbitantes y pedido algunos anticipos.

El celoso que hizo el escándalo en la inauguración de «Ciencia y Arte», aseguraba que don Manuel no



había sido engañado, sino que era un pillo de siete suelas, que iba a medias con el maldecido aventurero, y que eso era «maña vieja». Juraba que el farmacéutico, tiempos atrás, se había entendido con algunos curanderos para salir de todos los específicos que se averían i o se convertían en huesos.

¿A qué seguir?

En el sexo bello también cundió la indignación cuando se supo que el doctor, con inaudito descaro, se había ido con todo y pararrayos y es decir, con Monchita. Esto no era calumnia. La graciosa concubina se embarcó en la Libertad. Envió la noticia a sus amigas cierta joven señora que se encontraba allá de temporada, con los chicos atacados de tos ferina.

A don Manuel no le valió el encierro. Recibió cartas en las que inocentemente le pedían noticias del doctor, y no faltaron anónimos despreciables que don Manuel arrojaba con asco al cesto de los papeles; pero un día recibió una carta que lo dejó

desconcertado y acabó de postrarlo.

Un amigo, persona muy apreciable, le comunicaba—confidencialmente, eso sí—que el doctor le había hecho un pequeño empréstito de mil pesos, y que, cómo él era hombre arreglado, tenía un documento con la firma de don Manuel, «como él debía saberlo». Solamente le pedía la dirección del doctor, y... nada más.

Ignoramos la respuesta del infeliz boticario. Lo que sí consta es que al día siguiente partió para su finca de Tepecoyo, dejando la orden terminante de que no le mandaran cartas ni periódicos locales. Solamente en el remoto caso de que llegara algo... de Panamá.

El pobre hombre se pasaba los días tendido en una chaise- longue, envueltas las piernas en una manta de viaje, como se usa a bordo. Así había conocido al doctor.

Don Manuel no olvidaba: no podía olvidar. Y me río yo del que se ría si alguna voz ha firmado, víctima



del sable, un cheque de cinco mil dólares.

Nada se sabía del sabio vasco—polaco. A cada vapor que arribaba del Sur, don Manuel concebía una esperanza y sufría un desengaño.

Virtualmente devoraba «La Estrella de Panamá», de la cual era antiguo suscriptor, y nunca tropezó con el ansiado nombre.

En fin, el tiempo, ese implacable tirano que no tuvo principio ni tendrá término, y que es, sin embargo, el mejor médico para las dolencias del alma, intervino esta vez con su acostumbrada eficacia, y don Manuel, bastante repuesto, decidía volver a su casa y no acordarse mas del malhadado asunto.

Eso hacen los hombres.

## XXVII

Muy poco mentaban ya al doctor. (Con Monseñor Durán, había pasado a la historia).

Una regular compañía de Opera, calificada por la prensa local de «cosa nunca vista», ocupaba por completo nuestra atención. Los hombres sólo hablaban de la prima donna y de las bailarinas, y nuestras chicas casaderas, divididas en dos bandos, Soñaban unas con el «bello tenore Benfratelli; y las otras suspiraban por el hermoso barítono Bellagamba.

Además, se hallaba entre nosotros el representante de «la mejor compañía dramática española», quien era objeto de toda clase de agasajos. El director de «Nuevos Rumbos» lo presentó en el Casino, y en un momento se hizo popular.

Julibert aquí, Julibert allá; Julibert arriba y Julibert abajo. Los pollos bien no lo soltaban, y le enseñaron, naturalmente, a jugar chivo.





¡Qué hombre tan simpático, tan culto y tan inteligente! ¡Qué sal la suya! ¡Y qué derroche de felices ocurrencias! Daba gusto perder el dinero con él, y muchos tuvieron ese gran placer.

En diez días escasos Julibert ganó y se llevó para Guatemala veintidós mil pesos. (Algunos aseguran que fué mucho más).

—C’et un type épatant... A mi me cascareó dos mil bambas— decía un pollo de la highlife, en tono displicente, con las patas estiradas y el sombrero sobre la panza.

—A mí cinco—añadía otro, contemplando con beatitud el humo del cigarro

—No me duele, porque realmente era, o es, todo un caballero. Es un arrecho, y ya se sabe: audatius fortuna juvat.

—¿Dónde has aprendido esos latines?

—Donde comió Platero y vas a comer vos...

—No te digás.

Don Manuel no iba al Casino todavía, pero en cambio hizo una visita importantísima.

Los próceres que calzan los mismos puntos que el gran Guijarro, son hombres de recursos extraordinarios y no pierden un pleito así no más.

Fué visitar al Presidente.

Con mucha diplomacia le expuso la situación. El había obrado así por puro patriotismo. Saltaba a la vista, y de ello era testigo Dios, que sólo había querido , rendir un positivo servicio a “la más bella mitad de nuestra especie”. Todos podemos equivocarnos y nos equivocamos a veces...

—Usted, General, también se equivocó con el doctor Ajenjo...

El General barajó el tiro preguntándole si había mucho chacuatete por Tepecoyo.



—Yo no pretendo reembolsarme de sopetón lo que he perdido, pero creo muy justo que se me ayude de alguna manera; y ya que el Gobierno gasta sumas fuertes en óperas, pólvora, huéspedes de honor, ediciones de libros bilingües y de todos colores; inútiles viajes de congresistas a congresos más inútiles todavía, y en otra porción de zarandajas, bien podrían ...

En aquel instante sonó el teléfono en la habitación contigua, y el Presidente, con la venia de Guijarro, desapareció por la puerta.

A la una de la tarde aún no había regresado. (Un ayudante llegó y suplicó a don Manuel que lo excusara).

Este salió de allí furioso, y muerto de hambre. Jamás! Jamás, en su larguísima carrera había sufrido afrenta igual.

—Sea usted patriota! Desvívase usted por estos galeotes, gentuza mal nacida...

Afortunadamente los recursos de nuestros hombres de pro son inagotables.

Rebajando los sueldos a sus empleados y el jornal a los peones; disminuyendo las raciones y suprimiendo las medicinas; introduciendo la libra de doce onzas y la onza de veinte gramos en la farmacia; pellizcando aquí y arañando acullá, pero sobre todo apretando un poco en lo de la habitación de café, y aflojando cierto tomillo de la báscula, en poco menos de un año don Manuel se desquitó de los cinco mil pesos oro americano que en mala hora lo dió a su ingrato protegido.

Todo marchaba bien. Con la reposición del dinero vino la de la salud; mas como el solía decir, no faltó esta vez el pelo en la comida.

Nueve meses habían trascurrido desde la cena del día de San Miguel. Era un miércoles de Ceniza. Cuando don Manuel regresó de misa, con el sombrero calado hasta las cejas para que no le vieran o no se le cayera el pulvis, se encontró con una muchacha que lo esperaba en el zaguán. Ella le



dió un recado.

Don Manuel se inmutó.

—Espérate—le dijo.

Fue a su escritorio; cogió cincuenta pesos y los metió dentro de un sobre; le pasó la lengua, y lo cerró.

En seguida se acercó al teléfono y le dió vueltas al manubrio.—Aló! Déme la casa del doctor Cerrato — Gracias.

Mientras contestan se muerde las uñas.

Suena el timbre.

—Aló? ¿Es usted, doctor Cerrato? Guijarro le habla... Bien... Gracias... Es para pedirle un favor... una vaina. Que me haga el servicio de asistir a una señora... Carmen... Cosas del sexo... Sí... le ruego avisarme... No... Muchísimas gracias...Vaya... a la orden... Buenos días.

Llamó luego a la muchacha del recado, y entregándole el sobre, le dijo:

—Llévale esto, y decíle que va a llegar el doctor Cerrato; y que puede mandar a la botica por todo lo necesario, y que yo iré después... según.

Con las manos a la espalda se puso a dar vueltas por el cuarto, sumamente preocupado.

¿Sería suyo el muchacho de Carmen? El recuerdo del negro y de su risa maldita le hizo fruncir el entrecejo... —La pinta lo va a decidir... Si es mío, lo legítimo...

Todo el día estuvo intranquilo y malhumorado.

Leía a ratos, ora los periódicos, ora en un libro... Se cortó las uñas... Cogió el talonario de cheques, y se puso a restar: quería saber su saldo... En seguida empezó a sacar papeles y a romper los inútiles. Entre éstos apareció un retrato del doctor. Lo contempló un momento con gesto indefinible, y lo metió boca abajo en el último cajón. Ordenó



después la correspondencia recién llegada, leyendo de nuevo algunas cartas; puso unas notas al margen, y empezó a emborronar machotes para dictárselos a la mecanografista; pero no podía pasar del «Muy señor mío y distinguido amigo». Cogió el «Año cristiano» y se acostó en la hamaca, con la esperanza de echar un sueñecito. Buscó el Sermón de la Montaña, y se lo leyó de un tirón... «Bienaventurados los tristes...»; «Bienaventurados los que han hambre y sed de justicia».

Nada: el sueño no venía, a pesar de estos consuelos. (Sin duda la obsesión de la pinta).

Miró el reloj, y se levantó. Se acercó a la mesa. Cogió un frasquito, vertió diez gotas en un vaso, y en seguida añadió cuatro dedos de agua, y se bebió aquello.

Buscó en los anaqueles y sacó la obra de Le Gendre & Martinet, «Les régimes uáuels»; la abrió por donde había una señal, y volvió a la hamaca... Media hora después se dormía leyendo el capítulo titulado: “Les corps gras chez les hypersthéniques”.

A medio día, pasado el almuerzo, las horas se le hicieron más largas aún.

Como a las cuatro pidió el teléfono de Cerrato, pero éste no había regresado.

A las seis de la tarde don Manuel estuvo a punto de caerse de la silla: sonó el teléfono.

Intensamente pálido, profundamente emocionado, se acercó al aparato.

—Aló...! Ah! ¿Qué tal, doctor? ¿Difícil..? Pobre...! ¿Bien? Me alegro... ¿Cómo? ¿Moreno? Casi...negro...? Sin casi...? Maldita sea...! No, no... Gracias.

Don Manuel dejó colgando el audífono, y se arrastró penosamente hasta el canapé.

—Me lo estaba temiendo...! Negro ¡y enorme! Era seguro... Bandidos!





No le dolía tanto el fracaso de su paternidad, cuánto el ridículo que iban a hacer de él esos bandoleros del Casino...

—Me iré: es preciso. Pasado mañana hay vapor... Tengo tiempo.

Tocó el timbre.

—¿Qué manda el señor?—preguntó el criado, pasado un momento, desde el umbral de la puerta.

—Ve: como la farmacia debe de estar cerrada, te vas a casa de don Manuel, y le decís que venga en cuanto coma. Sin falta!

(Manuel era el mayor de sus sobrinos, su ahijado por contera, y el que llevaba la firma de «Sobrinos de Guijarro y Cía»).

Tres días después, muy desmejorado por cierto, se embarcaba el pobre señor. Iba a Suiza a consultar con el doctor Combes.

Además, en Panamá esperaba saber algo...

## XXVIII

—Bomba, señores! El mero Miércoles de Ceniza, la señora de Guijarro dió a luz un neixno más prieto que una caja de betún. Se llamará Jack-Miguel-Manuel de Jesús, María y José... etc.

Los «casineros» rodearon al portador de semejante noticia.

—La doy venteada. Me lo ha referido el mismísimo doctor Cerrato: él la asistió.

—¿Y qué dirá don Manuel?

—Pues... que su Carmencita le «ha echado el prieto». Dicen que hoy se embarcó.

—Hombre... no sean así... tan bandidos.

—Esa muchacha es muy lista. Apuesto que le hace creer al papo de Guijarro que el negrito es suyo

—Imposible no es—dijo metiendo baza el



casinero más alegador de todos—. Hay casos curiosísimos... La medicina legal cita algunos asombrosos. Además, la muchacha no es ninguna circasiana: no hay más que verle el pelo...

—Este es capaz de probarnos que el negrito es chele.

—Yo el pelo que quisiera ver es el de Guijarro, cuando le digan que lo del charol del muchacho fué un simple antojo...

—Antojo de Jack, claro! Ja, ja...!

—De la Carmencita, querrás decir....

—Organizamos una poquita? Estamos cinco.

—Vamos allá....

.....

¡Seguiremos a don Manuel hasta Suiza, y por aquellas clínicas y lindos sanatorios?

No temas, lector. Bastante he abusado de tu paciencia; mas, por fortuna, queda poco que contar.

«Un poeta moderno, muy famoso,  
Ha dicho que el exordio y el final  
Eran lo más difícil y escabroso  
De una composición original».

Hé allí una verdad como un templo, lindamente expresada por el mejor de nuestros poetas.

Sí. Confieso que por miedo al final he alargado esta historia, que bien pude contarla en cuatro páginas. En compensación procuraré darle fin en pocas palabras.

Don Manuel regresó de Europa en octubre, a prepararse para la cosecha.

Venía rozagante, con veinte años menos, por lo bajo. (Por allá se había dejado la mosca y el bigote).

A una legua se le conocía la felicidad. ¿Sería el motivo la completa recuperación de la salud?



Indudablemente.

Estaba contentísimo con su nuevo régimen.

Cierto es que la enfermedad era la misma, pero había cambiado de médico. Ahora podía comer de todo un poco. ¡Cómo adelanta la ciencia! Es increíble...

Don Manuel no cabía en sus calzones de puro satisfecho.

Si eres acaudalado, lector, y cincuentón como yo, debes saber el motivo, puesto que don Manuel, a los pocos días de llegar, invitó a todos los ricos para una «Junta Magna» que se celebró en su casa, con dos objetos; primero, presentarles al eminente financiero señor Vizconde Charles Ferdinand de Servadac-Rey del petróleo en Rumania y nieto del héroe de Julio Verne—al cual conoció a BORDO; y, segundo, organizar una Compañía anónima para la explotación de todo el petróleo que yace en nuestro riquísimo subsuelo, o en... nuestros riñones.

Si no eres rico, lector, sea porque nunca fuiste ministro ni subsecretario, empleado de aduanas, administrador de rentas, contrabandista, propietario de casas de juego, íntimo del presidente, o porque tus padres no fueron «muy listos», es seguro que no te presentaron al Vizconde de Servadac-Rey del petróleo en Rumania—y créeme, lo siento por tí; valía la pena.

En cuanto a don Manuel, a estas horas debe de tener más millones que Pierpont Morgan.

¡Que le hagan buen provecho!



## XXIX

Así terminé este cuento allá por el año de 1914, mas ya que Dios ha permitido que gocemos de la vida otros doce años, y aunque ya no se usan los epílogos a lo Pérez Escrich, voy a decir, en obsequio de mis amigos curiosos, lo poco que se sabe de aquellos personajes.

Algunos murieron... ¡Pícara Parca!

Don Manuel, del disgusto que le produjo la quiebra de «La petrolífera-S. A. Inc.», en cuyo brillante negocio se le hicieron humo cincuenta mil pesos.

Peñita, de... goma.

Blandini, de reblandecimiento.

«Que bien dice el proverbio, si se advierte que así como es la vida, así es la muerte».

Sólo el último quedan recuerdos perdurables: las ruinas de algunos importantes edificios. (No

obstante, hay personas que se lamentan de que no haya construido Blandini el Teatro Nacional).

Los doctorcitos de París, una vez desaparecidos los maestros, se han vuelto unas fieras. (Los que se quedaron sin clientes, dedícense a la política, mucho más fructífera que la profesión, cuando se poseen ciertas cualidades).

Del doctor Gonorreitigorrea, nada positivo se sabe. Un pollo recién llegado de París cuenta que vió a Jack, y que éste le dijo que el doctor se dedica a las ciencias ocultas, y que hoy es un Fakir famoso que gana el dinero a espuertas.

Monchita, la traviesa anonimista, vive también. Ha rodado mucho, pero siempre hacia arriba, contra las leyes de la gravedad. Sucesivamente fué empresario, de teatros, directora de minas, generala, ministra, superintendente, vendedora de automóviles, hotelera, propietaria de un «Instituto de belleza», y ahora es banquera, pues vive en Nueva Orleans en calidad de esposa morganática del Gerente de «The Picayune and Caribian Bank».





Carmen, llena de hijos de diferentes papas, mantiene gente de la Pavimentación, pésimo negocio... (El de Carmen se entiende).

Su primogénito, el negrito que tanto ruido metió al nacer, ahora suena mucho más. ¡Cómo que es una legítima gloria nacional!

Dedicado al boxing desde su tierna infancia, hizo grandes progresos y por último triunfó ruidosamente en Frisco.

Ha poco lo vimos en la pantalla, en la sección de “Pathé News”. El teatro se venía abajo: la galería pedía a gritos y a patadas el Himno Nacional. Los marimbistas le dieron gusto; pero no lo volverán a hacer: está severamente prohibido.

Desgraciadamente, la gloria ha ofuscado al hijo de Jack, como a Gómez Carrillo y a otros muchos. El ingrato ha renegado de su patria y hasta de su nombre, pues ya no se firma Guijarro, como antes, sino Pebble-stone; y se ha hecho ciudadano yanqui.

Quizás el pobre quería ser ciudadano, para dar fe de lo qué es eso.

Gana un dineral, pero no se acuerda de su madre.

La prensa debiera reivindicar nuestros derechos cada vez que se pone en tela de juicio la nacionalidad del pugilista, y el gobierno debe dar instrucciones a su representante en Washington, siquiera para que tenga entretención.

Otro sí: Nicasio Valle vive, para satisfacción de sus numerosos amigos.

¡Qué viva mil años! (No creo que le falte mucho). .

A él, gentleman amable, como impenitente afiliado al quijotismo, pueden dirigirse los que tengan dudas acerca de algunos puntos de esta historia, tal vez más verídica que fantástica.



## ERRATAS NOTABLES

PAG.	LINEA	DICE:	DEBE DECIR;
13	6	Revev	Review
14	14	sava	saba
15	20	montañosa	montañesa.
18	11	Maucalay	Macaulay
18	16	un	une
19	2	gallarda	gallarda y
23	23	que	Que no
24	1	dar	a dar
24	29	ser	sér
26	1	ción	sión
26	32	allá	allí
34	30	drestre	destre
36	7	sufrían	sufrían de
36	27	a Dios	adiós
40	25	do	dado
45	3	entenía	entendía

53	5	le	la
57	12	promete	prometo
62	11	Flageo	Flageolet
62	13	let	(bórrese)
70	1	instituían	Intitulan
74	21	estulticie	estulticia
79	26	expontánea	espontánea
84	8	iba	iba a
84	23	mismo	mismo que
88		veo ve	Veu ve
	13	Clipcuot	Clicquot
96	11	recordaría	recordarían
96	25	tomar	formar
104	32	voz	vez
108	16	lo	le
108	18	el	él
122	4	decido	decidido
150	1	redarar	reparar



## **Modismos y vocablos extraños empleados en este libro.**

ACULHUACA.—Pueblo cercano a San Salvador, en el cual vivió un curandero famoso.

AMARGURA.—(Calle de la)—Años atrás recibió este nombre picaresco una calle donde los vecinos, por culpa de los anonimistas, vivían en perpetua discordia.

APOPEÑO.—Natural del pueblo de Apopa.

ATLACATL.—Valeroso cacique de Cuscatlán que peleó heroicamente contra el conquistador D. Pedro de Alvarado.

BAMBA.— Moneda de plata, de cuño y de 25 gramos de peso.

BOLERO.—Sombrero de copa alta. Chistera.

BOLO.—Borracho. Ebrio consuetudinario.

CASACA.—Conversación íntima y larga.

CLAVAR PICO.—En las peleas de gallos no se dan estas por terminadas sino hasta que uno de los contendientes, completamente rendido, toca el suelo con el pico, a menos que se haya CORRIDO ANTES.

COLOR DE HORMIGA.—Ponerse feo un asunto. Turbio.

COMER BURRO.—Se dice de los que habiendo ganado mucho al juego, lo pierden enseguida. Llevarse un chasco.

COMO HAYA LUGAR.—De cualquier manera, sin redarar en los medios. No hace mucho, cuando se daba una orden de captura y se añadía “como haya lugar”, equivalía a la orden de fusilación. También se dice “como dé lugar”.

CUCHUMBO.—Cubilete de cuero, usado en el juego de dados.



CUIS.— Antigua moneda de plata de un cuartillo de real. Hoy, la moneda de níquel de tres centavos.

CUSCATLAN.—Primitivo nombre de lo que es hoy El Salvador, desde el río Lempa hacia el occidente.

CHACUATETE.—Insecto acridio que hace perjuicios en los cafetales.

CHELE.—Rubio-Gringo-.

CHIVO.—Una variedad del juego de dados. Diputado.

EL CHAN.—Hacienda situada en Guatemala, no lejos de El Salvador, donde vivió un famoso curandero llamado Orantes. Su especialidad era la curación de la ebriedad.

GUANACO.—Nombre con que los guatemaltecos designaban a los de las otras provincias del antiguo Virreinato, y que conservan aún los salvadoreños y hondureños.

HACER ZOPE.—Vomitarse a consecuencia de una borrachera.

HUESOS.—Mercaderías invendibles.

LIBERTARIO.—Amante exagerado de la libertad. (No hay que fiarse...).

MAMADITO.—Semiborracho; a medios pelos.

MATATE.—Red para trasportar el maíz en mazorcas.

MONCHITA.—Diminutivo de Moncha (Ramona).

NEIXNO.— (La x se pronuncia como la sh inglesa). De NIX, ceniza en náhuatl. Se les llama neix- nos a los negros de mal color.

PAISA.—Apócope de paisanQ: compatriota.

PRIETO.—Llámase así el dado falso que sólo está marcado con cincos y seises.





PIULMONEAR.—PULMONEROS son los mirones que se colocan detrás de los jugadores, en las mesas de tresillo o de póker, y PULMONEAR es la acción correspondiente.

SOCADO.—Borracho-. También significa ceñido.

SOMBRERO Y BOTAS.—Donaire de D. José Milla. En su libro “Viaje al otro mundo, pasando por otras partes”, Juan Chapín, el protagonista, al referir las dificultades que tuvo con el inglés, entre otras cosas cuenta que para que le dieran pan con mantequilla, tenía que pedir SOMBRERO Y BOTAS. (SOME BREAD AND BUTTER).

PACHO.—De poco fondo.—El individuo que tiene la boca sumida.

PLATERO.—Apellido de un señor que se cayó dentro de un excusado.

POQUITA.—Partida de póker, cuyo LIMITE no pasa de dos pesos.



VAINA.—Individuo o cosa molesta. Molestia.